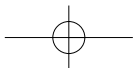
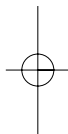
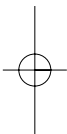
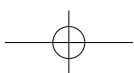
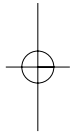
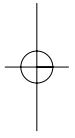


la noria de los aromas y otros relatos





Francisco Suárez Trénor

la noria de los aromas y otros relatos





Colección dirigida por: Pilar Pomares
Directora de arte: Rosa Cigala
Maquetación: Marcelo López

Francisco Suárez Trénor

La noria de los aromas y otros relatos

Primera edición en Ediciones Idea: 2007

- © De la edición:
Ediciones Idea, 2007
- © Del texto:
Francisco Suárez Trénor, 2007
- © De la fotografía de la portada:
Trino Garriga, 2007

Ediciones Idea

• San Clemente, 24, Edificio El Pilar,
38002, Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

Fax: 922 286062

• León y Castillo, 39 - 4º B
35003 Las Palmas de Gran Canaria

Tel.: 928 373637 - 928 381827

Fax: 928 382196

• correo@edicionesidea.com

• www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN:

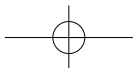
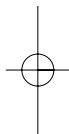
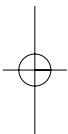
Depósito legal: TF-

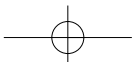
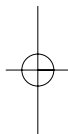
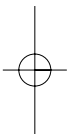


Este libro protege el entorno

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea eléctrico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

la noria de los aromas





la noria de los aromas y otros relatos

Acracia siempre sería niña. Había nacido en el seno de una pequeña familia formada además por su padre, su madre y su hermano. Su madre nunca saldría de su dormitorio, de forma que no llegaremos a conocerla. Doña Liber, que así llamaban a la buena señora, un día, sin aviso previo ni explicación posterior, atravesó la cortina rosa del fondo del local y desapareció para siempre en las profundidades de la empresa familiar. Pero del mismo modo que Acracia siempre sería niña, su hermano y su padre siempre serían pequeños. La naturaleza, caprichosa, así lo había querido.

La ciudad era apenas un punto en los mapas y el barrio estaba formado por una decena de casas, en su mayoría de un solo piso,

Francisco Suárez Trénor

que bordeaban una fresca plaza sombreada por dos grandes laureles y separada por el mercado del resto de la ciudad. Diferenciándose además de ésta por sus habitantes: solamente mujeres. Los hombres eran sólo transeúntes y apenas paraban unas horas en él. Todas tenían nombre de Virgen, desde el de Candelaria, varias veces repetido, hasta el lejano y exótico de Montserrat: la Yaya, la Lala, la Callita, la Pilar, la Piluca, la Conchi, la Pura, la Carmen, la Carmela, la Carmita, la Menchu, la Lupe, la Montse y tantos otros que si quisiéramos ser exhaustivos nos costaría recordar.

El padre de la niña regentaba un taller dedicado a pequeños trabajos de joyería y relojería y de él solamente conocemos su apellido, Coliazec, que por facilidad había sido abreviado. De modo que era conocido como Colia desde tiempos inmemoriales. Alguna de las mujeres recordaba que procedía de Dánzing, decía, pero poco más se sabía. Si hubiéramos podido hablar con doña Liber antes de que desapareciera, nos habría contado que al inicio de la Gran Guerra, su marido, procedente de Polonia o de Alemania,

la noria de los aromas y otros relatos

que esto no estaba claro, había llegado a la ciudad a bordo de un grasiento petrolero griego. Es decir, había cambiado hambre por hambre, miseria por pobreza, cultura por analfabetismo y, posiblemente, muerte por vida.

Entre las mujeres del barrio, tantas y tan variadas, una llamaba poderosamente la atención; era Pura, un regalo para la vista e incluso se podría decir que para el alma. Guapa y alegre, era amiga de todas las demás, al menos nadie le conocía enemigas. Y llamaba la atención porque Pura tenía una gran capacidad amatoria. Amaba en el más estricto, e incluso romántico, sentido de la palabra a tres hombres al mismo tiempo, y aunque sus intereses al final se complementaban en beneficio de los cuatro, no era esta simbiosis su intención. Pura amaba intensamente a cada uno de ellos de la misma forma que la mayoría de las mujeres aman solamente a uno, con sinceridad, dedicación y esmero. Y casi se podría decir que lo hacía con exclusividad. ¡Qué mayor exclusividad que darle a cada uno lo que cada cual pedía de ella!

Francisco Suárez Trénor

Pura amaba a Antonio Sánchez porque había sido su compañero desde siempre, o sea desde su más tierna juventud. Vivía de ella, pero no era un chulo exigente y explotador, sino que aceptaba su situación con resignación. Empresario del sexo, Sánchez sabía que siempre obtendrían unos ingresos limitados a los que tendrían que adaptarse y que, tras unos años de esplendor, continuarían subiendo, sí, pero por debajo de lo que lo haría el nivel de vida, lo que en la práctica significa que irían descendiendo. Llegado este momento habría que pensar en la ampliación del negocio. Aun así, Sánchez no trabajaba. Es decir, no tenía trabajo fijo. Pero no por pereza, sino por prestigio. Hoy ayudaba a descargar un camión de verduras, mañana a arreglar la instalación eléctrica de un comercio y ayer había pintado la puerta de una casa. Y con estas pequeñas chapuzas tenía lo suficiente para mantener su estatus y sus pequeños caprichos: unas copas al atardecer jugando a las cartas en el bar. De cuando en cuando lograba estar dos o tres días dedicado exclusivamente a los actos sociales y a la parranda, lo que aumentaba su prestigio y el

la noria de los aromas y otros relatos

de Pura. De esta forma el total de los ingresos de Pura tenía que dedicarse al mantenimiento del hogar, que siempre funcionaría como un reloj, sin que el vecino Colia tuviera nada que ver con la correcta marcha de los engranajes de esta precisa maquinaria.

Como una máquina marchaba también el Alfa Romeo (rojo bombero, seis cilindros, asientos de cuero, volante de madera) de Santiago Silva, un señorito de la Isla de las Aguas que tampoco vivía del trabajo, aunque hemos de reconocer que el suyo le costaba mantener el orden entre sus empleados, contagiados de la fiebre libertaria que invadía al país por aquellos años. De estatura más bien baja, ante el relojero Colia parecía un gigante. Silva presumía de barba cana y cabello sospechosamente azabache. Fumador de puros y bebedor de ron, amante del juego antes de serlo de Pura; portador de la sífilis, parrandero y mujeriego también antes de conocerla; aún le había sobrado tiempo para estar en la cárcel durante unos meses después de morir su hermana, asesinada en circunstancias un tanto extrañas. Al salir de ésta, declarado

Francisco Suárez Trénor

inocente por dudas razonables, había conocido a Pura, que lo liberaría de sus vicios y enfermedades y lo conduciría por el llamado camino recto. El dinero heredado de la difunta, que logró multiplicar por tres en pocos años gracias al trabajo de los libertarios a quienes convenció de la bonanza de la cogestión —olvidense de la autogestión, pura utopía, decía— serviría para aliviar las penurias tanto de Pura como de sus amantes. Porque Santiago era el único que hacía regalos, espléndidos regalos, a su amada que a cambio no le cobraba por sus servicios.

El único que los pagaba era Juan López; eso sí, solamente lo justo, ni un duro de más, ni una copa de más. Éste era todo lo contrario de Silva: casado, orador impecable, político de prestigio y, creyente hasta la médula, acudía a misa semanalmente acompañado de su esposa. Y según ésta, sólo tenía un defecto: su amor a la música.

Y es que la música los había unido. De vez en cuando, López olvidaba las creencias de su médula y las dejaba aparcadas junto al

la noria de los aromas y otros relatos

Alfa de Silva; quien a su vez, perdía la noción de la cogestión y gastaba el dinero de sus libertarios gestionándolo con Sánchez, que abandonaba por unos días a sus compañeros de tertulia y juego para discutir, entre canción y canción, sobre la vida y la muerte con el puritano López, defendiendo a los libertarios de Silva a pesar de no conocerlos. Es por razón de principios, decía. López, a su vez, animaba a Silva a continuar con el engaño de la cogestión hasta que los tiempos fueran más favorables al orden y a la moral, prometiéndole hipotéticos favores si colaboraba en la financiación de su carrera política. Cuando llegaba la hora de la música, los tres se olvidaban de sus diferencias y formaban la mejor parranda que se conociera. Qué sería de la música sin el ritmo de la caja cubana de Silva, sin la voz de Sánchez o sin la guitarra de López. Qué sería de López sin la caja de Silva o sin la voz de Sánchez, qué sería de Silva sin la voz de Sánchez o sin la guitarra de López. Qué sería de Sánchez sin la guitarra de López o sin la caja de Silva. Y es que voz, caja y guitarra daban razón de ser a este segundo misterio de la trinidad.

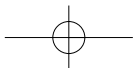
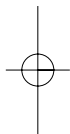
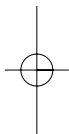
Francisco Suárez Trénor

Cuando, tras haberse convertido por unos días en tres personas en una sola naturaleza, resacados, volvían a la ciudad, era Pura la primera en perdonarlos; en realidad, para ella, conoedora de la vida y de los hombres, no había nada que perdonar. Más tarde vendría el perdón de la señora López, que siempre conllevaba alguna penitencia y, mucho más tarde, el de los libertarios, si es que llegaban a enterarse, pues todo lo que habían aprendido de cogestión lo ignoraban de sumas y restas. En resumen, cuando las aguas volvían a su cauce, la voz callaba; la guitarra lloraba, además de callar; y la caja, en silencio, intentaba recuperar el dinero gastado; pero voz, caja y guitarra continuaban unidas por obra y gracia de Pura y del ritmo.

El del tiempo, sin embargo, era propiedad exclusiva de quien, como los libertarios de Silva, no creía en la propiedad privada. La música del tiempo era de Colia, que pasaba las horas en su taller entre volantes, coronas, tornillos y espirales cuidadosamente distribuidos y protegidos por pequeñas copas de cristal en su mesa de trabajo. El tictac de los

la noria de los aromas y otros relatos

relojes era su música, su obsesiva razón de ser, que jamás podría transmitir a su hijo Altazor, el hermano de Pura, y éste sí era un bien que había pensado dejar como herencia. Cuando Colia comenzaba a desarmar un reloj, necesitaba el silencio y la soledad. Necesitaba la concentración que exige lo que ha de ser tratado con delicadeza. Especialmente cuando la mercancía era de valor, poco importaba quién fuera su dueño, el pequeño Colia necesitaba de unos minutos de concentración, casi de éxtasis. Había que ver con qué cariño cuidaba de las máquinas y de cada una de sus piezas, con qué pulcritud las aislaba de la más pequeña mota de polvo. Colia, que creía profundamente en el trabajo cooperativo, trabajaba solo. Y con su lupa, sus pinzas y su pulso firme, se convertía en la persona más grande del mundo, en su único habitante, en un pequeño dios de los minutos. Ahí, en la sonora sucesión de los segundos, encontraba la armonía que le permitía seguir siendo un soñador.



la noria de los aromas y otros relatos

La vida de una calle cercana se cruzaría casualmente, como tantas veces ocurre, con la del barrio de Acracia. Empedrada con callaos de playa entre los que en invierno crecía lentamente la hierba para lentamente secarse en los meses de verano, en esta calle sí existían casas de cierta categoría, no en vano se inicia o termina, según se mire, en la Parroquia Matriz. En aquella época las casas no estaban como ahora siempre pintadas, y mucho menos con los llamativos colores actuales. Un tono entre ocre y gris los anulaba y, por decirlo de alguna forma, hacia juego con el penetrante olor rancio de las grasientas aguas que corrían junto a los pretilos y con la pardonegruzca vestimenta de los vecinos y transeúntes. Las casas se pintaban cuando se construían y después cada tantos años, algunas nunca, de forma que en su mayoría se veían sucias y desconchadas.

Francisco Suárez Trénor

A la derecha de la calle, según se mira de espaldas al mar y a la torre de la iglesia, y ya casi al fondo, donde el paisaje se perdía entre plataneras, existen dos o tres pequeñas casas de las llamadas terreras: casas de un solo piso y tejados de dos aguas que se adosan unas a las otras como hermanas gemelas. Estas casas parecían abandonadas desde hacía años. Ya no tenían vida. Porque las casas mueren. Al principio, la vida, la vida humana, va perdiendo sentido dentro de ellas; las familias, por unas u otras razones, se deshacen; algunas habitaciones dejan de usarse y se llenan de polvo y telarañas; en el resto se pierde la alegría y a veces también las penas, que ambas dan sentido a la vida. Más tarde los hombres desaparecen, la mayoría de las veces sin ser conscientes de que no volverán, y entonces las casas, agonizantes, se inundan de soledad. Y lentamente, en un silencio triste, van perdiendo el sentido de su propia existencia. Los verodes cubren sus tejados; y veneras y tártagos, siempre por este orden, se hacen dueños de huertas y patios. Entonces, cuando las casas toman conciencia de que su abandono es definitivo, pierden la ilusión de

la noria de los aromas y otros relatos

mantenerse en pie y mueren, quedando al aire solamente sus esqueletos, que son invadidos por ratas, cucarachas y polillas. El azotado olor a limpieza de su interior y la fragancia a rosales o jazmines de sus espacios abiertos van siendo invadidos por la sequedad del polvo, la humedad, el moho, la pestilencia de los excrementos de los roedores y más tarde por el hedor de sus cadáveres descompuestos. Mientras esto ocurre queda en el aire, conviviendo con esa serie ininterrumpida de olores que se superponen, primero la nostalgia, después la desesperación aparentemente serena y por último, cuando los resquicios de la primitiva esperanza se pierden definitivamente, la languidez y la ruina.

Con el paso de los meses y sin que nadie se diera cuenta, una de estas casas fue perdiendo paulatinamente el olor a muerte. Los tártagos y las veneneras desaparecieron y solamente los verodes del tejado y los multicolores signos de humedad y podredumbre que cubrían su pared externa, que como veremos también tenían sus días contados, hacía pensar en su definitiva pérdida de vida. Aun así,

Francisco Suárez Trénor

en su interior, como en las demás, continuaban sin oírse otros ruidos que los de los discretos saltos de los gatos desde un tejado al otro, a los que los vecinos estaban acostumbrados, y en los días de viento —último buitre— los de alguna puerta o ventana que con el paso del tiempo perdían sus puntos de anclaje. Sin embargo, algo ocurría. Sin que nadie pudiera indicar una fecha concreta o relacionarlo con algún suceso que rompiera la rutina de la vida cotidiana, se volvía a sentir levemente en el subconsciente el aroma de los jazmines que todos suponían muertos, y daba la impresión de que mientras sus compañeras de calle continuaban su lenta agonía, o mejor dicho, su descomposición hacia la nada, esta casa no seguía el camino de las otras.

Y de pronto, un día, cambió la historia de la calle. Era el primer día de la primavera. La puerta de la casa amaneció aquella mañana abierta de par en par. Fue una explosión inesperada, una bomba de sensaciones que invadió a cada uno de los vecinos. El rancio olor pardonegruzco, grasiento y ácido, como

la noria de los aromas y otros relatos

un soldado sorprendido por la emboscada del enemigo, tuvo que retroceder y esconderse ante la avalancha del aroma procedente del interior de la casa, que avanzó atravesando la calle de arriba abajo. No quedaría libre ni el más pequeño rincón, ni la más leve grieta. No había espacio capaz de contenerlo. Era algo muy diferente al olor mixturado de hierbas aromáticas que todos habían olido alguna vez sin mayor interés en la puerta de la recova. Era un aroma perfecto, como si la mezcla estuviera cuidadosamente calculada. Era, más tarde le darían ese nombre, el Aroma Grenuil. Porque así se llamaba la tienda recién estrenada: Hierbas y Aromas Grenuil, cuyo olor les acompañaría durante el resto de la vida. Fue un olor que despertó a todos a un mundo nuevo de superiores sensaciones.

La puerta no se había abierto sola. Alguien desde dentro lo había hecho. Y ese personaje misterioso, mágico, no era otro que Eloisa, Eloisa Grenuil, una mujer que sorprendió a todos y que con su figura, sus ojos y su sonrisa, los cautivó e incluso se podría decir que los embriagó desde el primer día. Eloisa sorprendió a

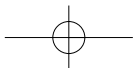
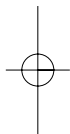
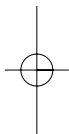
Francisco Suárez Trénor

los adultos y embrujó a los más pequeños, o tal vez sorprendió y embrujó a todos, pequeños y mayores, hombres y mujeres, que ebrios de aroma la miraban como al que le sorprende una aparición y no termina de creérsela; porque Eloisa era una mujer fascinante, una mujer distinta a todas las que habían conocido hasta entonces.

No siendo ni alta ni delgada, era más esbelta que las mujeres del entorno. No siendo gruesa, lo llenaba todo. Su serena sonrisa cautivó hasta a los curas de la iglesia, al final sus mayores enemigos. Cubría su largo pelo castaño —recogido hoy en forma de larga cola de caballo, mañana con un desaliñado moño— con un viejo pañuelo color teja que con un arte especial, se diría que exclusivo, dejaba a la vista su elegante frente, a la que la edad no parecía afectar. Y unos vivos ojos grises cuyos tonos cambiaban con el paso de las horas o, como el mar, se azulaban en los días claros oscureciéndose en los de lluvia; unos brillantes ojos grises que siempre supieron mirar de frente; unos hermosos ojos que nunca traicionaron. No era joven, pero

la noria de los aromas y otros relatos

no parecía vieja ni tampoco una mujer madura; tenía la edad precisa. No la edad perfecta, que posiblemente la había superado; tenía esa edad en la que una persona se siente madura pero no vieja y mantiene la esperanza; esa edad en la que uno se da cuenta de que aunque haya pasado el tiempo aún quedan cosas por hacer, quizá las más importantes de su vida, y se sabe capaz de hacerlas mejor de lo que lo hubiera hecho cuando era más joven. Ese conocimiento de sus posibilidades era lo que le hacía mantener la belleza, la serenidad y el espíritu juvenil. Su edad era, pues, indefinible; siendo seguramente mayor de lo que parecía, su cara conservaba la frescura de la juventud; sin dejar de tener algunas arrugas, reflejos de su victoria sobre el tiempo, no necesitaba pintura o maquillaje para mantener su sencilla belleza. Le sobraba con su naturalidad, con su silenciosa simpatía. Eloisa era Eloisa. Y, a pesar del paso de los años, a pesar de todos los fuegos y las aguas, a pesar de los demonios y los ángeles, a pesar de la propia Eloisa, hoy, después de tantos años, Eloisa sigue siendo Eloisa.



la noria de los aromas y otros relatos

Los niños, ilusionados con la atractiva novedad, fueron los primeros en acercarse a la tienda. Desoyendo todas las prohibiciones de los padres en cuanto a las relaciones con desconocidos, entablaron rápidamente amistad con la nueva vecina. Aquella misma tarde, sin un acuerdo previo, se disputaban las brochas con las que pintar las paredes exteriores de la casa que por la noche dormiría con su nuevo vestido aún húmedo. Un immaculado color blanco de fondo, con un falso zócalo gris y las ventanas y puertas de un oscuro marrón, la harían destacar de sus desangeladas vecinas.

Pero antes, Eloisa tuvo que actuar por primera vez en beneficio de uno de los vecinos. Uno de los niños padecía asma y de pronto cayó al suelo respirando ruidosamente y con dificultad, tomando su rostro un frío tono violáceo que a todos asustó. Eloisa guardó la calma. Con tranquilidad introdujo en un caldero

Francisco Suárez Trénor

de agua una mezcla de eucalipto y ruda que, tras una ruidosa danza producida por el hervor que a los niños les sonaba como un tum-tum lejano y de mal presagio, trasladó a una palangana y cubriendo el pecho desnudo y la cabeza del enfermo con una toalla le hizo inhalar el vaho durante unos minutos y el niño con relativa rapidez, aunque a los demás les parecería una eternidad, fue recuperando su color habitual: su palidez casi cérea de todos los días. El fresco olor del vapor que escapaba de la toalla serviría para que los demás también recuperaran su color habitual, tras la intensa lividez provocada por el susto.

Sin embargo, aquel incidente felizmente resuelto fue suficiente para que se iniciaran las hostilidades. Diríase que no pueden existir relaciones humanas sin hostilidades y el hecho de ayudar a respirar con normalidad a un niño fue, en este caso, el detonante. El boticario, informado de la utilización del baño de vapor de Eloisa —de la apertura de la tienda lo había sido previamente por su propia ebridad olfativa o por la común borrachera de aromas matutinos— durante la noche, redactó en

la noria de los aromas y otros relatos

su Remington de 1924 un escrito por triplicado a la autoridad pertinente, o sea al alcalde, denunciando lo que él interpretaba como competencia desleal e intrusismo profesional. Escrito que al día siguiente entregaría en las oficinas municipales de registro en el mismísimo ayuntamiento. Documento que las autoridades competentes no se puede decir que no contestaran, pues la respuesta llegaría tras la caída de la monarquía y, todo hay que decirlo, después de transcurridos varios años de república. Pero como todo hay que decirlo, diremos que el farmacéutico, al recibo de la misma, criaba malvas acompañando a Lastenia del Pino desde hacía varios años. Con tan mala suerte además, que en la respuesta el alcalde le negaba la razón: «... consideramos que Hierbas y Aromas Grenuil, empresa legalmente inscrita en este registro, no mantiene una competencia desleal con su oficina de farmacia, ni ejerce intrusismo profesional con usted mismo. Dispone usted de quince días hábiles para recurrir este escrito». El boticario, obviamente, no recurrió. Hierbas y Aromas Grenuil ganaría, sin el menor esfuerzo, su primer litigio.

Francisco Suárez Trénor

Mientras el denunciante acudía a las oficinas municipales de registro en el mismísimo ayuntamiento, a entregar el documento escrito con nocturnidad y posiblemente con alevosía, acompañado a distancia del aprendiz de farmacia, que vestía una bata blanca de aprendiz de farmacia, Eloisa se dirigía por primera vez a la recova o mercado, que tanto da.

Pero sus andares eran diferentes. El de él lento, pausado, elegante. Por qué no decirlo, era un andar de persona respetable y respetada, de un caballero. El de ella ligero, juvenil, alegre, aunque también elegante —otra cara de la elegancia, por supuesto— y a su ritmo danzaba una larga arrugada falda azul marino desgastado, estampada con múltiples florecillas de color oro viejo ribeteadas en rojo, sujeta a su cintura por un lazo del mismo color que su pañuelo, no en vano cinturón y pañuelo procedían del mismo retal, y colgado del hombro su bolso, una especie de saco de tela que hacía juego con traje y pañuelo, en el que ella misma había incrustado multitud de deslumbrantes espejitos que se encendían o apagaban al compás de su falda y de sus

la noria de los aromas y otros relatos

sandalias (unas simples tiras de cuero gastado por el uso que sujetaban una suela prácticamente plana); sandalias austeras, aunque no franciscanas, que rejuvenecían su ya juvenil balanceo. Impacientes, podríamos preguntarnos cómo ocultaba sus pechos Eloisa, sin pensar que era posible que los llevara al descubierto. De ser así Eloisa no hubiera podido llegar a la recova, pues antes algún agente del orden, siempre dispuesto a impedir un buen espectáculo a una población ávida de novedades, la hubiera cubierto con cualquier tela o sábana y Eloisa hubiera llegado antes que el boticario a las dependencias municipales, aunque su entrada la hubiese hecho por la puerta trasera; dependencias de las que, casi con seguridad, hubiera salido mucho más tarde de que lo hiciera el aprendiz de farmacia, con su bata blanca, precedido a una distancia de respeto por el propio farmacéutico que ya habría cumplido su trámite denunciante. Y Eloisa hubiera sido acusada en pocos minutos de dos faltas o delitos, lo que posiblemente la hubiera convertido en culpable de ambas y quién sabe si hubiera tenido que dormir, al menos por una noche, en la cárcel de mujeres. Pero

Francisco Suárez Trénor

Eloisa, aunque era una mujer liberada, no dejaba de ser sensata y para evitar problemas con la justicia cubría su busto con una ceñida blusa azul marino, tan desgastado como el de su falda, sin mangas y con un escote lo suficiente.

Para despertar la imaginación le bastaba a Eloisa con su figura, y eso es lo que hizo, sin la menor intención, nada más entrar en el mercado, donde se encontraría rodeada de mujeres más bien gruesas, con tendencia a engordar algunos kilos más en pocos años; mujeres vestidas con ropas oscuras y medias negras que se enrollaban sobre sí mismas, ennegreciéndose aún más, a la altura de unas corvas varicosas sin excepción; mujeres con buenos sentimientos, pero en su mayoría toscas y descuidadas, acostumbradas a trabajar duro y a reproducirse entre jornada laboral y jornada laboral sin la menor satisfacción; mujeres que ofrecían el mismo olor a sudor ácido cualquier día del año y en cualquier momento del día, al que se sumaba, en sus manos, un inconfundible tufillo a ajo; olor a ajo y sudor en el que, con un poco de atención y algo de

la noria de los aromas y otros relatos

experiencia olfativa, podían distinguirse multitud de capas superpuestas de acuerdo con su antigüedad; estratos que no podían disimularse, en el supuesto de que alguna lo hubiera deseado, ni con múltiples maniluvios aunque se frotasen y frotasen durante largas horas con las alargadas barras de jabón blanquiazul moteado que vendían, tanto enteras como troceadas, algunos de los puestos del mercado.

Mientras la imaginación de sus nuevos conciudadanos despertaba —en unos casos bruscamente y en otros tras un largo bostezo, consecuencia en los unos de su profundo sueño y en los otros de una prolongada somnolencia—, Eloisa tuvo tiempo de dar dos vueltas al contorno del establecimiento. Dio una primera vuelta por el interior, donde perdería la orientación en más de una ocasión. El bullicio que reinaba en el local le desconcertó; bullicio al que se uniría el intenso trasiego, los empujones de las mujeres, los pisotones y golpes más inesperados de hombres exaltados armados con carretillas o sacos, que sin el más mínimo orden corrían de un lado para

Francisco Suárez Trénor

otro para llegar antes con sus ofertas hasta los puestos, donde se confundían los gritos de los demandantes con los de sus clientes, particulares o propietarios de pequeñas ventas o recovitas, demandantes a su vez de los primitivos demandantes, convertidos momentáneamente, al vender en unidades lo que compraban por decenas, en ofertantes de la mercancía anteriormente demandada; al bullicio, los empujones, pisotones, golpes y carreras se uniría algo aún más desconcertante: los olores. En los grandes mercados de las grandes ciudades éstos tienen un carácter estable, casi permanente. La zona reservada a frutas huele a frutas y en la que está destinada a pescado el olor a pescado es inconfundible y único; pero en nuestra recova los aromas luchaban entre sí en cruel guerra incruenta; aunque Eloisa, desorientada, permaneciera inmóvil en un mismo punto, el avance o retroceso de los frentes de batalla dependía, en un espacio cerrado tan pequeño y abarrotado, de la apertura de puertas y ventanas, de la mercancía que transportara el ofertante o demandante de turno, o del ácido olor a sudor del trabajador o cliente más

la noria de los aromas y otros relatos

cercano, ofertante, demandante o ambas cosas a la vez. Si se abría la puerta que unía la zona reservada a carnes, situada en el perímetro exterior, y la brisa en ese momento soplabla del noroeste, el dulzón olor a sangre fresca se uniría al aroma por sí solo agradable de las flores de la entrada, dando lugar a una agobiante atmósfera similar a la que producen en los ascensores los perfumes excesivos. Pero es que pocos segundos después se podía abrir la comunicación a través de otra puerta o ventana y un nuevo frente de batalla entraba en liza con un denso olor a salazones, procedente de la zona de las pescaderías, junto al teatro, y aquel perfume excesivo, ahora además salobre, era capaz de obnubilar la mente de cualquiera cuya orientación, aunque sólo fuera mínimamente, dependiera de su sentido olfativo.

Eloisa logró terminar su particular pequeña odisea disfrutando incluso del colorido de frutos y verduras, probando el sabor de unos y otras, y comprando un poco aquí y un algo más allá. La segunda vuelta al recinto, más amplia y en sentido inverso, la haría por el

Francisco Suárez Trénor

exterior donde se exponían los pescados y carnes que no compraría, porque Eloisa era vegetariana y los vegetarianos tienen una costumbre que no es fácil de entender: no comen carne ni pescado salvo la fragante carne de la fruta fresca.

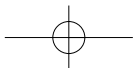
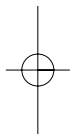
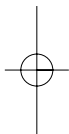
Al llegar de nuevo a la puerta principal se entretuvo comprando las plantas secas que necesitaba para su negocio: poleo, laurel, borraja, orégano, toronjil, manzanilla, hierba luisa... al tiempo que se hacía con alguna maceta de hierbas frescas para comenzar el cultivo en cuidados cajoncitos en la trasera de su casa, en su huerta. Más adelante, allá por San Juan, vendría la recogida de las flores silvestres y su posterior desecación a la sombra estival.

Al salir a la plaza situada al frente de la puerta principal Eloisa volvería a sorprenderse. El paisaje era muy distinto al de la madrugada; donde entonces multitud de hombres y mujeres se preparaban para participar en la gran batalla descrita, ahora una docena de mujeres jóvenes, descansadas ya de sus

la noria de los aromas y otros relatos

particulares madrugadas de cabellos sueltos, ataviadas con llamativas vestimentas multicolores esperaban sentadas, formando un corro, en unas sillas de tijera y cuidaban de una niña no mayor de un año. Eloisa, atravesando otra pequeña batalla de perfumes excesivos las saludó y, error grave, dio un beso en la frente a la pequeña, que no era otra que Acracia, la hija de Colia.

Mientras la inocente extranjera entraba en su casa cargada de flores, hierbas, frutas y verduras; el boticario, al otro extremo de la calle, precediendo al aprendiz de blanca bata que transportaba la carpeta de cartón con la copia de la denuncia, hacía lo propio en la suya. La mañana había terminado.



la noria de los aromas y otros relatos

Quien trabaja por la mañana es posible que no pueda comprender una costumbre adquirida por las mujeres del barrio, trabajadoras de la noche. Por aquella época, poco antes del mediodía, tras haber resuelto sus tareas domésticas, que aunque pocas algunas tenían, se reunían ante la puerta de la recova y allí hablaban de sus cosas, de las novedades que la noche había traído o de las esperanzas de un próximo futuro que, como todos, soñaban mejor que el presente. Pura no dejaba de pasar por el negocio de Colia, el relojero, para recoger a Acracia, que así, todos los días, disfrutaría del aire libre y de las carantoñas que le dedicaban las mujeres, que a pesar de su profesión, y en contra de lo que muchos pensaban y piensan, no dejan de tener su corazoncito y su instinto materno bien despierto. La pequeña hija del relojero se había convertido en la sobrina predilecta de cada

Francisco Suárez Trénor

una de ellas y seríamos capaces de afirmar que era la niña que más afecto recibía en toda la ciudad. Por eso, a tanta gente le afectaría lo que pasó aquella mañana.

Por eso, aquel beso fue pronto conocido por unos y por otros. Por eso, corrió con tanta rapidez la voz de la llegada de una mujer extraña. Por eso, el barrio entero se puso en guardia. Aquella mujer era distinta. Aquella mujer había besado a la niña. Aquella mujer no tenía marido. Aquella mujer vivía sola. Aquella mujer era diferente. Aquella mujer huía de algo o de alguien. Y en un pequeño barrio alguien que huye es visto con malos ojos.

Y es que la niña que sonriera a todas antes de cumplir su segundo mes, la niña que las mirara desde casi recién nacida, la niña que imitara sus movimientos desde el quinto mes, la niña que al sexto mes de vida parecía conocer sus caras, aquella niña a la que todas querían, desde aquel día, desde el inicio de la primavera, no había vuelto a sonreír. Es que la niña ha perdido su sonrisa. Es que la niña parece otra. Es que a la niña la han mirado mal.

la noria de los aromas y otros relatos

Es que aquella mujer no es buena. Es que aquel beso era malo. Es que aquella mujer es la que le había mirado mal. Es que aquella mujer puede ser la perdición de Acracia. Es que aquella mujer es una bruja.

Desde aquel día, todas miraban con preocupación a la niña, todas analizaban cada una de sus expresiones. La niña no mira a la cara. La niña tiene la piel más fina. La niña está más delgada. La niña no tiene apetito. El médico la examinó. La niña no tiene nada, la niña no ha perdido peso. Vuelva a pesarla, esa pesa está mal. El médico dice que la niña está sana. Pues hay que cambiar de médico, decidieron. Y lo hicieron, eligieron a uno más joven. Es un sendero que se suele seguir: acudimos a un médico porque tiene más nombre o más experiencia y si después de la consulta no quedamos de acuerdo o los resultados del tratamiento no son los esperados, cambiamos a otro más joven que, aunque con menos experiencia, puede que sepa algo nuevo. Cuánto más en este caso en el que el primer médico dijo que la niña estaba sana, cuando era evidente que perdía facultades día a día y que su

Francisco Suárez Trénor

desarrollo no solamente se había parado, sino que la niña iba hacia atrás. En otros casos el camino es el inverso y nos trasladamos desde la juventud a la experiencia cueste lo que cueste, decimos, aunque el dinero suela ser limitado. Y en esta ocasión las mujeres parecieron acertar, el más joven confirmó lo que las mujeres sabían, cosa que por una temporada las tranquilizaría.

¿Qué piensa doctor? Tras una larga reflexión, en la que el médico parecía en otro mundo, la confirmación llegaría. Esto no es normal, la niña no sonríe. Sí, algo pasa, la niña no atiende, la niña no sigue el movimiento de los dedos, pero los reflejos son normales. ¿Entonces usted que cree? No estoy seguro, es como si estuviera envejeciendo, debo consultar, no es un caso frecuente, vi uno similar en París. «¡Graandolaa, Vila moreena!» Gritó la niña cuando nadie lo esperaba. ¿Qué es esto? No sabemos, de vez en cuando dice palabras que no entendemos. Otras veces canta. ¿Qué hacemos? ¿Su padre lo sabe? Preguntó el doctor. Los hombres sólo piensan en su trabajo, respondió alguna, él

la noria de los aromas y otros relatos

es relojero. ¿Y porque sea relojero no tiene que pensar en sus hijos? ¿Y la madre? Indagó. La madre es como si hubiera muerto. Será esta la causa, una madre marca el futuro de sus hijos, tanto para bien como para mal. A la madre no la conocemos, la madre no sale de su casa, la madre se llama doña Liber, doctor. Pero eso no me dice nada, no me importa el nombre, me interesa su actitud. No la sabemos. La abandonó sin salir de su casa, su marido no habla de ella. Pues le preguntaremos. Pero es que él nunca dice nada, sólo habla de relojes, ya le dije, solamente piensa en su trabajo, es un hombre raro. Pues con esos padres qué quieren ¿Tiene hermanos? Preguntó. Sí, uno más viejo que ella. ¿Y es normal? Insistió el médico en el interrogatorio. Es enano, como el padre. Eso no me lo habían dicho, puede ser importante. Yo diría que no es completo, pero habla y sonríe, ella no, ya ve, hasta parece que lo único que le ha crecido es la nariz, la piel se le ha adelgazado. ¿Por qué no viene él? Ya le he dicho, su padre le obliga a trabajar de la mañana a la noche, no habla con nadie, tiene miedo. Me temo que tenga difícil solución, le recetaré unas vitaminas. El

Francisco Suárez Trénor

médico garabateó en una cuartilla. ¿Eso es todo? Preguntaron. De momento sí, hay que tener paciencia, ver la evolución.

Las mujeres se armaron de paciencia, una virtud difícil de ejercer cuando se tiene a una sobrina enferma, cuando día a día se vive su decadencia. Hablaron con Colia, pero éste estaba más pendiente del tictac de sus relojes y de la revolución que de la salud de su propia hija.

—Lo que haya de pasar pasará, siempre ha sido así, luchó contra la esclavitud del hombre, mis enemigos son los explotadores, no la naturaleza.

Colia, auténtico revolucionario en su juventud, había pasado ya a ser un nostálgico de una revolución a la que en realidad aparentaba temer. A su edad, se podía pensar, no llegaría a ver los resultados y sí viviría los sufrimientos de los que todo cambio traumático se acompañaba. Por esto parecía dedicar cada vez más tiempo a la relojería esperando, sin expresarlo, que la revolución se retrasara unos años. E inhibiéndose de todo lo que no

la noria de los aromas y otros relatos

fuese su trabajo, con disculpas tontas, lo dejó todo en manos de Pura. Altazor, a quien posiblemente todo le parecería normal, sonreía y asentía, pero no tenía capacidad ni autoridad para tomar una determinación. Las mujeres compraron las vitaminas, pero observaban impotentes la ausencia de resultados. La paciencia, poco a poco, menguaba.

Cuando son muchas las personas a opinar, la paciencia no dura; unos dicen una cosa, otros la contraria y la tensión se hace cada vez mayor. Y menguando lentamente la paciencia se terminó. Los nervios volvieron a aparecer. La niña tiene una cana. Yo ayer le arranqué otra. Pues no le arranques el pelo, que cada día tiene menos. Lo hice sin pensarlo, ya sé que si arrancas una salen siete. Eso sólo es un dicho. Pero los dichos por algo se dicen, son la sabiduría del pueblo. Sí pero la niña no es una vieja. Pues yo diría que está envejeciendo. Eso dijo el médico. Para eso no hace falta estudiar, ese médico no sabe qué hacer, si sigue así se nos muere. Disparates, la niña necesita que le quiten el mal de ojo. No digas boberías. Pues hay quien lo hace y dicen que va bien.

Francisco Suárez Trénor

Pensaron por primera vez en un curandero y aunque al principio discreparon, a los pocos días, ante el evidente deterioro de la niña, llegaron a un acuerdo unánime: llevarla. La puerta de la esperanza se volvió a abrir. ¡Cómo no se les había ocurrido antes! Y buscaron. No era fácil, no valía cualquiera. Hay mucho engaño, dijeron. Pura indagó, preguntó, fue víctima de las burlas, pero ya habían tomado una decisión. Localizaron y seleccionaron a una anciana: la señora Bárbara. Hablaron con ella.

—Deben traer la niña junto con sus orines
—les dijo.

Hasta la casa de la señora Bárbara volverían al día siguiente. Pura y sus amigas más íntimas —Callita, Pilar y Carmen— acompañaban a la niña y sus orines. Las asustadas y temblorosas mujeres, con la niña en los brazos de Pura, entraron en un cuarto sin ventilación. Los nervios convirtieron la buena voluntad en un caos verbal. Es que la niña no sonríe. Es que la niña parece otra. Es que a la niña la han mirado mal. Es que aquella mujer no es buena.

la noria de los aromas y otros relatos

Es que aquel beso era malo. Es que aquella mujer es la que la ha mirado mal. Es que la niña no mira a la cara. Es que la niña tiene la piel más fina. Es que la niña está más delgada. Es que la niña no tiene apetito. Es que sólo le crece la nariz. Es que se le cae el pelo. Es que se le vuelve cano. Con estas cuadrónicas letanías continuaron un largo rato. Las voces entrecruzadas aumentaban el ambiente de tensión e incertidumbre. La anciana las miraba callada, analizando cada una de las expresiones y posiblemente llegando a conclusiones que facilitarían su trabajo. Las palabras, las frases, iban y venían de un lado para otro tropezando entre ellas y con las paredes, hasta hacer ininteligible lo que las mujeres decían.

Al rato, la señora Bárbara, con una voz suave y serena, pero profundamente autoritaria, les hizo callar y les ordenó entrar en otro cuarto aún más oscuro. Tres velas tenues y temblorosas, colocadas sobre una destartalada cómoda, iluminaban la habitación cuyas paredes habían ennegrecido innumerables sahumerios. La curandera, inhibida

Francisco Suárez Trénor

de todo, examinó a la niña desnuda mientras frotaba su cuerpo con un ungüento aceitoso, que brillaba trémulo a la luz de las velas, y tras observar la orina a contraluz iniciaría el rito.

Su voz, que a partir de este momento parecía venida de otro mundo, se impondría a los murmullos a que habían quedado reducidas las voces de las mujeres.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, doy comienzo a sacarle el ánima arrimada! —Gritó. Mientras recitaba, con una pequeña escoba comenzó a golpear paredes y puertas.

—¡Cruz, cruz, perro maldito, huye de este aposento, sal, quémate y no vuelvas! —Y soltando la escoba continuó con su labor de masajista.

Las mujeres, sobrecogidas, se retiraron cada una a un rincón de la habitación mientras Acracia fijaba su mirada en un punto muy lejano, mucho más allá de las paredes del recinto, con unos ojos que sobresalían llamati-

la noria de los aromas y otros relatos

vamente de sus cuencas, al tiempo que se le acentuaban todos los signos de enfermedad. El vientre, ya distendido, aumentaría de tamaño de forma ostensible, transparentándose en su piel las dilatadas venas, la frente también pareció abombarse y la nariz se alargaría hasta el extremo de deformar por completo su cetrino e inexpresivo rostro.

—¡Si el mal te entró por las manos —gritaba la vieja— te lo cure San Amaro; si por la barriga, Santo Domingo... —continuaría recitando con voz grave una larga letanía de santos y santas a quienes relacionaba con las potenciales anatómicas puertas de entrada de la enfermedad— ... si por el estómago, San Gregorio; si por la vista, Santa Lucía; si por el cuerpo... si por la cabeza, San Juan Degollado... —Las mujeres se estremecerían al unísono. La anciana continuaba—. Si es de mordedura de perro, Santa Quiteria; si es de perro rabioso, San Valdejimena; y si te entró por el cuerpo entero que te lo quite Jesús verdadero!

En las paralizadas mentes de las mujeres danzaban los nombres de las tenebrosas

Francisco Suárez Trénor

enfermedades y de santos hasta ahora desconocidos: Valdejimena, lepra hechicera, Quitéria... Mientras tanto, asustadas, proseguían susurrando: es que la niña... es que la niña... es que la niña...

Terminado el rezado, la señora Bárbara, al parecer, no del todo conforme con el resultado, volvería a mirar el contenido del frasco de orina y dándole la vuelta vería reflejado en la tapa algo que cambió repentinamente la expresión de su cara. Aterrorizada, no volvería a hablar sino para decir en voz baja:

—No sé, no sé... —y con un enérgico gesto de la cabeza, hizo que sacaran a la niña de la casa.

la noria de los aromas y otros relatos

Es muy posible que, como se pensaba en el barrio de Acracia, Eloisa huyera, pero no de la ley, sino de una forma de vida de la que hubiera sido imposible hacerlo permaneciendo en el mismo lugar, rodeada de las mismas personas que habían desencadenado su rechazo. Es muy posible que hubiera llegado a nuestra calle huyendo de otros mundos, pensando que en una pequeña ciudad podría dejar atrás recuerdos y actitudes que repudiaba. Era la huida de una forma de pensar y ver la vida.

La llegada de la extranjera crearía recelos entre los vecinos de la ciudad y del barrio, incluso en alguno de los habitantes de su calle, que vio amenazada su forma de ganarse la vida; pero Eloisa, permanecía al margen de las reacciones que su llegada había despertado; mantenía la esperanza que conserva aquél que, inocentemente, desconoce lo que ocurre a su alrededor.

Francisco Suárez Trénor

Pero dejemos a un lado las razones que pudiera tener Eloisa para huir de donde venía y las esperanzas, falsas o no, que se había creado y creído. A partir del día de su primera salida al mercado, abriría la puerta de su casa cada mañana, a pesar de que los únicos que entraron en la misma durante una larga temporada fueron los niños. Durante estos días su trabajo consistió en la preparación de unas colonias elementales que consideraba que tendrían salida fácil, como el Agua de Hungría Grenuil, que sería su primer éxito: tras trocear hierbas de romero y menta fresca, y mezclarlas con pétalos de rosa y cáscara de limón rallada, las introducía en las debidas proporciones en un frasco al que añadiría agua de azahar y alcohol. Se trataba de preparaciones muy simples con la que esperaba irse ganando la confianza de sus clientes.

Y los primeros fueron entrando en el negocio, al principio tímidamente, mirando a ambos lados de la calle antes de dar el último paso, y después con mayor naturalidad. La calidad de las colonias Grenuil fue siendo conocida gracias al boca a boca y en poco tiempo su reputación se extendió como una mancha de aceite: lentamente pero sin detenerse.

la noria de los aromas y otros relatos

A la salida de la iglesia una mujer interrogaba a otra:

—Qué bien hueles ¿Has cambiado de colonia?

—Sí —decía la segunda tímidamente— probé en la tienda nueva, en Aromas. No es cara. En casa también ha gustado.

—¿Tienen variedad? —Insistía la primera.

—Creo que sí, incluso Eloisa, la dueña, me habló de la posibilidad de hacerme una exclusiva, pero no me he decidido.

—Acompáñame y compro un frasco pequeño.

Conversaciones similares, con pequeñas variaciones, se repetirían decenas de veces a lo largo y ancho de la ciudad. A las pocas semanas, pocas eran las señoras que no añadieran a su olor corporal el del Agua de Hungría. La propia iglesia, durante tantos años impregnada exclusivamente de olor a humedad e incienso, fue poco a poco colonizada por los nuevos aromas, como si de pronto Hierbas y Aromas Grenuil se hubiera convertido en la metrópoli del reino divino y éste se hubiera transformado, tras un milagro geográfico, en un virreinato de Hungría. A este río de aromas zingaros y magiares se irían añadiendo el del Perfume del Mediterráneo, algo más fuerte, y

Francisco Suárez Trénor

el del Aromas de Nivaria, similar al de Hungría pero con unas ramas de lavándula, recogidas por la propia Eloisa en los barrancos y caminos de la periferia. En fin, un caudal de nuevas fragancias salidas de la misma mano: la de Eloisa.

La señora de López, asidua a las ceremonias religiosas de la Parroquia Matriz, como a tantos otros actos sociales, no tardaría en caer en la noria de los aromas. Mujer de bien —según decía— habiendo participado en más de una de estas conversaciones, creía que no podía permitirse la ligereza de acudir personalmente y decidió enviar a una mujer a su servicio —la de mayor confianza, por supuesto— a comprar un frasco de Agua de Hungría, y tras algunas indecisiones, una tarde, con el temor de quien hace algo que no sabe cómo será recibido, se atrevería a utilizarla. Lo hizo discretamente, en pequeñas cantidades, hasta con miedo. Conocía el rechazo de su marido —hombre de bien, según pregonaban ambos— a las argucias dignas de las prostitutas y tenía miedo de que a éste una nueva colonia le pareciera una de estas artimañas. Su marido callaría, pero, ya fuera conscientemente o

la noria de los aromas y otros relatos

no, es seguro que aquella noche no dejó de agradecerle el aroma suave y sereno de la nueva colonia. Al menos no la había rechazado y López, aunque cansado como cada tarde, estuvo si no más cariñoso, sí más agradable y hablador que la mayoría de los días.

La señora de López experimentaría. Unas tardes se ponía la colonia y estudiaba la silenciosa respuesta de su marido, y otras no la utilizaba. Sólo era cuestión de observar la reacción. Y cuando según sus cálculos le correspondía ponerse el perfume, unas veces lo hacía en mayor cantidad y otras usaba solamente unas escasas gotas, calculando de este modo la cantidad ideal. En dos o tres semanas tenía los resultados de su investigación y llegó a la conclusión de que le merecería la pena personalizar su aroma; mejorarlo. Eloisa, ya con su presencia, le confeccionó tras analizar personalmente su olor corporal un frasco de Aromas de Nivaria de distintas proporciones al estándar. Por esta exclusividad la señora de López pagaría tres o cuatro veces más, pero el experimento y el precio merecieron la pena. Sin que nadie se lo explicara, y sin que hubiera elecciones en

Francisco Suárez Trénor

el horizonte político, los López comenzaron a salir juntos con mucha más frecuencia de lo habitual y, sin que Pura se enterase de las razones, López dejó de frecuentar el barrio del mercado distanciando sus visitas cada vez más. Se produciría una operación aritmética muy simple: a mayor tiempo con su mujer, menor tiempo con Pura. Operación simple para nosotros, pero complicada para Pura que no entendía las razones. Ya hemos visto cómo de sus clientes fijos, López era el más regular y, además, el único que le pagaba por cada acto y cómo los regalos de Silva, aunque espléndidos, no daban la estabilidad deseada.

Pero no fueron las estrecheces económicas las que hicieron que Pura fuera a visitar a Eloísa. Ante las acusaciones del resto de las mujeres, Pura, que era poco proclive a la creencia en maleficios y demás supersticiones, sintió la necesidad de conocer a la presunta autora de todos los males de Acracia. Y una tarde, poco antes de la puesta de sol, se decidió a visitarla. No comentó a ninguna de las mujeres sus intenciones y, después de la visita, guardaría sus conclusiones para ella misma. Entró en Aromas y haciéndose la desinteresada preguntaba

la noria de los aromas y otros relatos

por uno y otro tipo de colonia o perfume. No les costaría entenderse y en unos minutos hablaban con la mayor naturalidad de aromas y fragancias. Eloisa le explicaba su habilidad de desnudar a las personas de olores artificiales y lograr incorporar al olor personal de cada una el complemento ideal. Le habló de que no se trataba de un don sobrenatural, sino que era el resultado de generaciones de experiencia. Hablaron de falsas leyendas y de milagros imposibles; de que lo único que un perfume podía hacer, como un buen maquillaje o un buen aderezo, era realzar lo que cada persona ya poseía. Pura, tras una larga conversación saldría con la seguridad de que Eloisa no era una persona capaz de hacer daño a nadie y, mucho menos una bruja, como se pensaba en su barrio, y con la promesa por parte de la propietaria de Aromas de que, en dos o tres semanas, le regalaría un frasco de Aromas de Nivaria especialmente individualizado para ella. Desde aquel día Pura fue la mayor defensora de Eloisa.

En pocos meses, a pesar de las opiniones sobre milagros y leyendas de Eloisa, el ambiente de la ciudad cambiaría de una forma

Francisco Suárez Trénor

espectacular. Los primeros en percibir este cambio fueron los curas. De pronto, las mujeres manifestaban pecados hasta entonces inimaginables. La propia señora de López —mujer de bien, según decía— comenzaría a describir al Padre Juliá, su confesor, todo tipo de deseos eróticos y posturas camasútricas que él mismo, con larga experiencia en pecados contra el sexto mandamiento, desconocía. Y antes de que se acentuara definitivamente una demencia por la que, hasta el final de sus días le apodarían El Loco, comunicó al Superior la existencia de una serie de nuevas perversiones inauditas en nuestra pequeña ciudad. El Superior, alarmado, reunió a todos los sacerdotes, que coincidieron en lo descrito por el Padre Juliá. La voz de alarma había sido dada y el Padre Fidelio, un cura joven, de estatura casi tan pequeña como Colia pero de gran sabiduría y gran predicador, sería el encargado de dictar la homilía en todas y cada una de las misas del domingo.

—¡El estipendio del pecado es... la muerte!
—Gritaba desde el pùlpito para impresionar a sus feligreses, que se impresionaron, aunque el sacerdote no hubiese dicho nada nuevo.

la noria de los aromas y otros relatos

—¡Pagareis por vuestros pecados, si no en la tierra, como lo hicieron vuestros compañeros de Sodoma y Gomorra, sí el día del Juicio Final!

La multitud, pecadora en su mayoría, alarmada de que los igualase a los hijos de aquellas aterradoras legendarias ciudades, guardaría silencio mientras el cura lanzaba al aire saturado de perfumes una larga lista de pecados y condenas. Al terminar la homilía una interminable hilera de presuntos pecadores hacía cola en los confesionarios a los que tuvieron que acudir urgentemente, como si se hubiera anunciado el día del Apocalipsis, todos los miembros de la comunidad, que continuarían en sus absolutorias funciones hasta bien entrada la noche.

Pero el Superior, no se conformaría con aquel arrepentimiento colectivo. Era consciente de que si Satán, disfrazado de lo que fuere, era el responsable de aquel comportamiento, el efecto del discurso sería pasajero. En asamblea con el resto de la comunidad analizaron las posibles máscaras que podía utilizar el malvado. Pasaron lista a todas las organizaciones potencialmente malignas existentes en la sociedad:

Francisco Suárez Trénor

comunistas, socialistas, libertarios, masones, prostitutas, hermanas de la caridad, librepensadores, la Institución de Enseñanza, las hijas de María... hasta que al más joven, el Padre Saúl, se le ocurrió una idea y la gritó con todas sus fuerzas:

—¡Los perfumes, coño, los perfumes!

Le habían llegado los efluvios del Padre Arcos, un anciano alto y delgado como un ciprés que, además de fumador empedernido, tenía el pequeño vicio de pellizcar los traseiros de los niños que acudían a la catequesis, de la que se encargaba. El Padre Arcos, aquella noche, además de oler a tabaco lo hacía a Perfume del Mediterráneo Grenuil. Gracias a su pequeño vicio, al grande ya estaban acostumbrados, se convertiría en la principal pista de la asamblea sacerdotal. Descubierta el enemigo, desde aquel día los curas de la Párrroquia Matriz declararon la guerra a Aromas y, por lo tanto a Eloisa, que desde entonces contaría con una débil defensora y unos terribles enemigos.

La venta de los perfumes y colonias aumentaría, paradójicamente, al comentarse sus supuestas cualidades condenatorias; Eloisa

la noria de los aromas y otros relatos

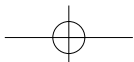
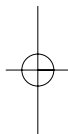
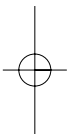
era llamada a domicilio por multitud de vecinos y vecinas, que ya no se atrevían a acudir personalmente a su tienda; el local se llenaba de testafierros que compraban en nombre de sus patrones; el mercado negro amplió sus fronteras en perjuicio de los afrodisíacos clásicos que, aun así, no dejaron de venderse; los tímidos se convirtieron en extrovertidos; las prostitutas aumentaron sus ingresos; muchos matrimonios rompieron sus lazos eternos; otros, que parecían rotos definitivamente, se unieron con más fuerza que en sus principios; algunos hombres se fugaban con sus amantes y algunas mujeres abandonaban sus casas, dejando a los hijos en manos del destino; los homosexuales, hasta entonces agazapados, salieron de sus guaridas y paseaban con sus parejas ramoneando descaradamente a plena luz del día; los parques se convirtieron en prostíbulos; en los prostíbulos se organizaban orgías; en las tertulias se dejó de hablar de política; las enfermedades venéreas se multiplicaron; el Padre Saúl, al que le gustaba jugar con las regaderitas de los niños mientras les enseñaba geografía en un mapa mudo, se escapó con un adolescente estudioso de las

Francisco Suárez Trénor

mareas y los vientos; los zoofílicos, hasta ahora desconocidos, regaban con Agua de Hungría a los animales; los perros callejeros se hicieron más huidizos y algunos murieron de hambre perdidos por los montes; los sumideros se poblaron de gonococos y treponemas (pálidos o coloreados, que hay gustos para todo); el Blenocol se convirtió en una importante fuente de ingresos para el farmacéutico, que moriría de una sífilis mal curada; el Padre Juliá, uno de los pocos que conservó su castidad, enloquecido definitivamente, obligaba a sus feligreses a escupir el demonio que llevaban dentro, pero éstos caían una y otra vez en el pecado; los ángeles de la guarda desertaban y engrosaban los ejércitos de Lucifer; Lucifer personalizó su sulfuroso perfume; los adoradores nocturnos se reunían diariamente, incluso durante el día; los tornos de los conventos giraban sin parar; los orfanatos, en unos meses, se vieron saturados; la ciudad se convertiría, a un mismo tiempo en una nueva Sodoma y Gomorra; sus alrededores se poblaban de estatuas de sal; Bretón que acudía a visitar la exposición surrealista, quedaría impresionado por el realismo de las

la noria de los aromas y otros relatos

estatuas; muchos de sus discípulos renunciaron al Manifiesto; Ursa prohibió a su hija salir de noche y todos, al fin, perdimos el norte.



la noria de los aromas y otros relatos

Como la persona que llega al final de su vida cansada de tanto esfuerzo, derrotada por su lucha contra lo imposible e incapaz de solucionar ya los errores; como tantos hombres y mujeres, regresarían las mujeres de la casa de la vieja curandera. Los ojos enrojecidos de llorar, la boca y la mirada entristecidas, y el doloroso cansancio que produce la impotencia. Entre sollozo y sollozo sólo se escuchaba el silencio, un silencio aún más hondo que el de la noche, que al fin y al cabo no es absoluto. Era el sentimiento profundo, casi cósmico, del que sabe que ha de perder a un ser querido, de aquél que ha recibido la noticia de que esa persona está condenada a muerte por la propia naturaleza.

Y aquel silencio duraría días. Era la misma sensación que habían oído relatar a otras mujeres que les precedieron en el barrio. Porque Colia, según contaban, había tenido otras hijas

Francisco Suárez Trénor

a las que siempre había llamado Acracia. Según Altazor, su padre decía que era siempre la misma, que Acracia era siempre Acracia y que por obra del misterioso destino estaba condenada a morir de niña. Esta reencarnación, decía, ocurriría hasta que la niña encontrase unas condiciones adecuadas, que él y los suyos estaban obligados a preparar aunque fuese durante generaciones. Entonces Acracia se convertiría en la persona que encarnase la definitiva revolución de los libertarios. La niña, para su padre, representaba el embrión de la civilización definitiva: la desaparición de todos los poderes y, con ella, de todas las esclavitudes. Pero las mujeres no entendían nada y sólo temían por la vida de su protegida, calificando como locura —y posiblemente les amparaba la razón— cada una de las ideas de Colia.

A pesar de todo la vida continuaba y, unas antes y otras más tarde, volvieron a su trabajo aquella misma semana. Con el paso de los días se irían acostumbrando a la nueva situación y tras la negación y el rechazo, llegaría la aceptación. La niña continuaba recibiendo el mismo cariño, pero las lágrimas serían cada

la noria de los aromas y otros relatos

vez más escasas. Había llegado el tiempo de la sequía, de la resignación. La enfermedad de Acracia parecía haberse estancado y ya no les llamaría la atención el mal aspecto que presentaba. Se acostumbraban al deterioro lento y progresivo, similar al de la vejez, que acompaña a las enfermedades crónicas y al de la misma vida de las civilizaciones. Sin embargo, fueron unos buenos meses para las mujeres; el trabajo aumentaba y acudían clientes hasta entonces desconocidos. No en vano se habían roto seculares tabúes.

Pero el ambiente en la ciudad se iba enra-
reciendo poco a poco. A pesar de que la liber-
tad se podía palpar con las manos y que ofi-
cialmente nadie era perseguido por sus ideas,
los vecinos se sabían vigilados y había un cier-
to miedo a expresarse. López dejaría de acudir
durante largas temporadas a sus semanales ci-
tas con Pura y se sabía que Silva permanecía
en su isla, semioculto en el Hotel Florida, lu-
chando contra algo que en aquellos días pare-
cía imposible de vencer: la incesante subida
de temperatura de la fiebre libertaria.

Francisco Suárez Trénor

También daba la impresión de haber aumentado el trabajo en la relojería de Colia. Individuos desconocidos, de aspecto poco convencional —vestimentas oscuras, pobladas barbas, pasos escurridizos y miradas bajas que casi se deslizaban por los suelos— entraban y salían constantemente, incluso fuera de las horas de trabajo. En su mayoría lo hacían portando algún sospechoso bulto escondido entre hojas de periódico. Fuera lo que fuera, era demasiado evidente: aquellos individuos no eran, no hubieran podido ser nunca, clientes de una joyería o propietarios de un reloj que mereciera la pena cuidar. Para esta clase de personas el tiempo se mide en mañanas, tardes o noches y el lujo de los minutos y las horas es un capricho que no llegan a necesitar.

Coincidiendo con tanto cambio se iniciarían los incendios. Sería rara la semana que no se apreciase alguna columna de humo en la lejanía. Como también lo sería la explosión de algún artefacto en las propiedades de algún latifundista o empresario de la exportación. Se hablaba poco y se temía mucho; aunque

la noria de los aromas y otros relatos

algunos, los más osados, se atreviesen a celebrar públicamente las acciones de rebelión. Mientras tanto, otros defendían el orden social y las antiguas costumbres. Los unos no pensaban que sus nombres quedarían escritos en oscuras listas de revolucionarios y que algún tiempo más tarde sus expresiones de alegría se convertirían en largos llantos carcelarios, prolongados en algunos casos hasta la muerte. Al tiempo que los otros, en silencio, aumentaban la larga sarta de sospechosos. Los tiempos parecían de esperanza para aquéllos que secularmente habían sido explotados en las medianías por las clases dominantes. Y eran tiempos de humillación y temor para los otros que, aún así, esperaban impacientes la reacción de las autoridades militares, su única esperanza. Era, pues, la de éstos, una espera armada. La revolución aparentaba estar cerca, de hecho ya se había iniciado, y si es cierto que esta impresión llevaría a expresar pensamientos que nunca habían sido capaces de salir a la luz, también lo es que en una mayoría, más temerosa, sólo el interior de cada uno y las clandestinas conversaciones eran los exclusivos testigos

Francisco Suárez Trénor

de las ancestrales humillaciones. Acobardados por la experiencia histórica eran incapaces de expresar su alegría interior y permanecían a la espera de los acontecimientos. Acontecimientos que hablaban de venganza y no de justicia. Y esta espera armada sería el inicio del camino hacia la perdición de los más arriesgados de uno y otro bando, de los más idealistas.

Nadie en la ciudad se podía imaginar el monstruo que con sus actitudes despertaban. Algunos habían vivido guerras en las colonias americanas, otros batallas en los protectorados de África. Unos y otros contaban historias de escaramuzas, de ataques inesperados y de defensas heroicas. Pero ninguno, ni el más experto, podía saber lo que era una guerra fratricida, donde nadie podía fiarse ni de la persona más cercana, donde las traiciones y venganzas personales se desencadenarían por las más pequeñas diferencias, donde la intranquilidad les impediría conciliar el sueño durante semanas; una situación en la que no se podía saber ni el lugar, ni el momento, ni la forma de morir. No se sabía si el que hoy

la noria de los aromas y otros relatos

te daba un abrazo con apariencia de fidelidad, al día siguiente te entregaría al enemigo o si él mismo no sería el que disparase el arma mortífera. No podía saberse ni la actitud de uno mismo en un futuro próximo.

Colia, en su aparente soledad, sabiendo próximo el final, no dejaría de recordar los episodios de su vida. El ser humano, tiene una vida exterior, una apariencia, que los demás construyen desde fuera y en la que él mismo colabora con gestos o actitudes más o menos sinceras; pero también otra interior, la que es fruto de sus propios sentimientos y pensamientos y también de las circunstancias más secretas, que aun el más extrovertido guarda en su intimidad más profunda. Era esta vida la que el relojero repasaba en silencio aquellos días. Buscaba justificaciones para sus actos pasados y también razones para los pocos que aún pensaba que tenía la posibilidad de hacer o de dejar de hacer. Los recuerdos de su infancia estaban difuminados por el paso del tiempo y por la distancia geográfica. Esta lejanía le dificultaba recordar, aunque fuera transformados, aquellos años. Pocas

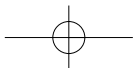
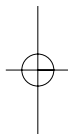
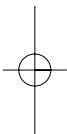
Francisco Suárez Trénor

raíces le quedaban de su tierra natal y pocos recuerdos claros de sus primeros sueños revolucionarios que tan caros le costarían y de los que tan bruscamente se había tenido que despertar huyendo oculto a través de las miserias de la guerra y del rencor que ésta produce. De aquel rencor del que él mismo se alimentaría durante el resto de su vida. Muchas habían sido las noches en las que había tenido que transitar por campos inhóspitos y fríos, escondiéndose entre la maleza ante el menor ruido. Muchos habían sido los días en los que había tenido que ocultarse en casas abandonadas procurando descansar mientras sus enemigos lo buscaban incansablemente. Algunas noches, aun sabiendo que dejaba un rastro que podía facilitar su localización e indicar su punto de destino, no había podido resignarse a no incendiar algún campo o el propio granero que le había servido de cobijo. Él era un luchador y su única arma, su más terrible instrumento de batalla, era el fuego.

Pero fue en el agua donde encontró su salvación cuando se vió rodeado de enemigos. Aquella agua que, al mismo tiempo que

la noria de los aromas y otros relatos

servía para separar los continentes y deslindar países, le serviría como camino para reiniciar una nueva vida, huyendo a bordo de aquel viejo petrolero del que tuvo que lanzarse a nado para alcanzar la costa.



la noria de los aromas y otros relatos

Las novedades disfrutaban una efímera vida. Pasa algo de tiempo y dejan de serlo. La gente se acostumbra con rapidez a ellas y, si no mueren, pasan a otra vida más larga pero menos intensa. Y esto ocurrió una vez más en nuestro caso. Lo que en un principio era considerado una aberración se convertiría, por la fuerza de la costumbre, en un acto cotidiano que a nadie llamaba la atención. Solamente los perros continuaban sus errabundos paseos por las montañas de los alrededores evitando, en lo posible, su contacto con los seres humanos y éstos, dueños desde siempre de una corta memoria, no extrañaban su ausencia. La ciudad se fue adaptando a las nuevas circunstancias y ya nunca volvería a ser la misma, aunque sus desmemoriados habitantes no fueran del todo conscientes de estos cambios. Los malos olores se esfumaron casi definitivamente y los ciudadanos comenzaron a protestar cuando por algún accidente

Francisco Suárez Trénor

reaparecían. Como mucho les resultaba tolerable la ausencia de olor, si es que esto es posible.

Eloisa continuó con su pequeño comercio, que nunca quiso ampliar, y favorecidas por el ambiente florecieron multitud de perfumerías, en su mayoría importadoras de perfumes y colonias con nombre francés. Su amistad con Pura fue creciendo con el paso del tiempo. Ambas se reunirían con cierta frecuencia y la experiencia de cada una iba haciendo crecer a la otra, que absorbía los conocimientos que, sin llegar a tener conciencia de ello, se iban transmitiendo mutuamente. Eloisa no lograba entender la relación odio-amor de sus vecinos que por un lado la repudiaban y por el otro compraban y utilizaban sus productos, que no dejaban de ser la causa de su odio. Los efectos, reales o supuestos, de sus perfumes y colonias eran denostados públicamente por sus consumidores más habituales. Pura, con más experiencia en las relaciones humanas, le explicaba que lo mismo sucedía desde siempre con las mujeres de su gremio, que eran humilladas en público por los mismos

la noria de los aromas y otros relatos

que en privado hacían uso de ellas, y hasta presumían de hacerlo. Era, le decía, el odio al diferente, al discrepante, al que tiene unas costumbres más o menos alejadas de las convencionales, al que aun sin pretenderlo hace que los demás se sientan incómodos; ese odio que ha roto tantas amistades y que ha provocado tantas incomprensiones. Posiblemente se tratase también del miedo a lo desconocido, a lo que nos puede cambiar esquemas que consideramos estables, aunque no hayamos reflexionado sobre su razón de ser. Un rechazo a lo que no siempre ha sido así, sin más explicaciones. Y aquella complicidad las iba uniando cada vez más y a cada una de ellas le serviría para ampliar su visión sobre la vida y el comportamiento que en ella hay que adoptar para que las injusticias y los malentendidos no hagan un daño irreparable. Al fin y al cabo, la vida consiste, entre otras cosas, en irse adaptando a las circunstancias que te rodean y lograr que éstas en lugar de perjudicarte, te enriquezcan.

Francisco Suárez Trénor

Eran tiempos en que se confundiría la libertad con la intolerancia. Una persona era libre para pensar o hacer lo que creyera oportuno, pero también parecía serlo para impedir, aunque fuera por la fuerza o por el chantaje, que el que opinaba lo contrario hiciera uso de su propia voluntad. Los ateos, ejerciendo como tales, atacarían a los creyentes, los creyentes le devolverían la moneda a los ateos y lo mismo hacían monárquicos con republicanos, vanguardistas con conservadores y, por supuesto, proletarios con burgueses. Solamente en los aromas existía unanimidad, aunque muchas veces no se reconociera, pero esto no era suficiente para mantener una convivencia medianamente aceptable y unos y otros vivían con la angustia de la amenaza continua. La ciudad se había convertido en una multitud de mentideros en los que se aumentaba o disminuía la trascendencia de los sucesos según los intereses de quien los divulgaba y la mayor o menor ingenuidad de quien recibía la noticia.

la noria de los aromas y otros relatos

Es posible, aunque probablemente careciera de utilidad, que cualquiera de nosotros, con algo de dedicación y continuidad, pudiera llegar a adivinar el futuro de las personas que le rodean. A nadie le extraña que una persona determinada, si sabemos que se ha dedicado con ahínco a su trabajo, consiga un buen empleo o que un individuo que dilapida su dinero termine en la ruina. Cuando esto pasa, todos lo consideramos normal: era de esperar, decimos. Por esto, a nadie le sorprendería la forma en que López encontró la muerte.

Durante meses, después de que perdiera las elecciones, se había dedicado a proclamar públicamente, y hasta con alegría, la posibilidad de un levantamiento militar. Sus reuniones con oficiales y jefes del ejército —un ejército engrosado en la ciudad por los mandos alejados del poder, que deberían permanecer

Francisco Suárez Trénor

aislados, desterrados de los lugares donde se tomaban las decisiones— eran conocidas por unos y por otros. Acostumbrado al triunfo y desconocedor de la historia, no valoraba el riesgo de su actitud.

Una noche, a todos les despertó una tremenda explosión. A todos excepto a López y a Pura que no llegarían ni siquiera a escuchar el estruendo de la onda que les causaría la muerte. Antes habían disfrutado de olores, miradas, contactos y voluptuosas sensaciones; extasiados con los placeres del sexo. Sus manos habían recorrido por última vez, sin dejar un solo hueco, colinas, pozos, cuevas y torrentes; no había quedado ni un solo milímetro sin explorar y reexplorar. No había mancha, peca o lunar que no conocieran el uno del otro y, aquella noche, entre ligeros gemidos y respiraciones aceleradas, no habían renunciado a ninguna de las sensaciones que el contacto físico depa-
ra. Ambos actuaron, quizá por un presagio, como si fuera la última vez que pudieran estar juntos. Y agotados, terminarían rendidos por un sueño del que nunca despertarían.

la noria de los aromas y otros relatos

La ciudad, bruscamente despertada por la explosión, no podría conciliar el sueño hasta muy tarde y por eso pocos serían los que se enterasen del entierro de Pura, cuyo cadáver fue sacado discretamente del despacho de López y aún más discretamente inhumado en el cementerio civil, en las cercanías de donde años más tarde sería enterrado el legendario delincuente apodado El Malparido.

En las ruinas del despacho de López, ya liberado de la comprometedora presencia del cadáver de Pura, se encontraría, al despuntar el sol, la maquinaria de una sofisticada bomba de relojería. No había en la ciudad sino un incendiario experto en relojería. El nombre de Colia, sin que nadie lo llegara a nombrar, se paseó por la mente de todos.

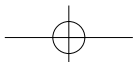
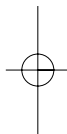
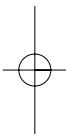
Siniestras sombras rodearon al anochecer la casa de Colia. Sombras que tenían claro cuál era su cometido. Expertas en un arte que, como vemos, no era exclusivo de los libertarios. Habían estudiado cada uno de los huecos por los que sus moradores pudieran escapar y tras el lanzamiento de una serie de

Francisco Suárez Trénor

hachones encendidos, a los que había precedido el derramamiento de abundante líquido inflamable, bloquearon cada una de las posibles salidas permitiendo que el patio interior se comportara como el tiro de una gigantesca chimenea. Pronto la ciudad se impregnó de un intenso olor a madera quemada, un sofocante olor, que fue seguido de una intensa humareda que, a modo de niebla, envolvería el barrio del mercado. El fuego iluminaría algo más tarde el dantesco espectáculo al que se unirían los gritos desgarrados de Acracia y de su madre, auténticos alaridos que quedarían en la memoria de los espectadores durante lustros. Aquellas sombras impedirían cualquier intento de apagar las llamas hasta que la casa de Colia se convirtió en una montaña de rescoldos humeantes. Entre las ascuas se encontrarían solamente los calcinados restos de la niña y de su madre. Nada se supo de Colia, aunque rumores jamás confirmados lo situaban por un lado en las montañas viviendo entre perros salvajes y por otro en la lejana ciudad de Búfalo, en América. Ni una ni otra hipótesis se ha podido confirmar jamás.

la noria de los aromas y otros relatos

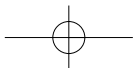
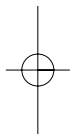
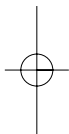
Al amanecer, tras la larga mañana, la comitiva cruza el puente ciego que mira a poniente, escuchándose al fondo los cánticos del *Misere-re mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...* Sobre un carruaje, dentro de su cajita blanca, el cadáver de Acracia a la espera de su resurrección observa inexpresivo. Detrás, en el interior de un negro automóvil fúnebre, yace en un ataúd el cuerpo hidropésico de Libertad que durante tantos años se mantuvo oculta más allá de la cortina rosa. ¡Gritos desesperados! A lo lejos, un arroyo sin agua asciende montaña arriba salpicando a cada paso los blancos candelabros espinosos que, apagados por la guadaña de cristal, iluminan los inexistentes caminos. La noche aprovecha la oscuridad del alba para caer sobre la ciudad ausente.



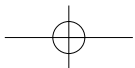
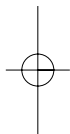
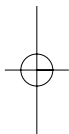
la noria de los aromas y otros relatos

Durante largos años, huyendo nuevamente de los hombres, Eloisa permaneció aislada del mundo en los barrancos de Arsolhe. Hasta allí, sin que se llegara a saber cómo, empujados por las mareas o volando con los vientos, de la mano de sirenas y de silfos, le llegarían los rumores de la triste historia de la ciudad y sus habitantes.

Poco tiempo después de su huida, venteras y tártagos comenzarían a crecer nuevamente en la huerta de Aromas.



la muchacha de los ojos color de uva



la noria de los aromas y otros relatos

Nació un mes de septiembre en medio de las viñas. Nadie recuerda el año. En el campo, septiembre es un mes importante y los años en cambio, como gotas de agua, pasan todos iguales uno tras otro. El pueblo entero estaba aquella tarde vendimiando y su madre inesperadamente, de pronto, rompió aguas. No daría tiempo a que acudiera la señora Dolores, una anciana que había ayudado a venir al mundo a la mayoría de los niños del pueblo; muchos de ellos padres ya de las nuevas criaturas. Y cuánto menos el médico, que a aquella hora, cercana ya la puesta de sol, se encontraría haciendo su visita de todas las tardes a la bodega más alta de la cumbre; un terreno, por lo demás, de escaso valor agrícola, que comprara a los herederos de un antiguo vecino que había marchado a Cuba hacía varias generaciones. Vaso a vaso, sorbo a sorbo, con la tranquilidad que le daba el saberse

Francisco Suárez Trénor

protegido por el afecto de sus pacientes, que después del almuerzo no contaban con él desde hacía años, y el claroscuro de la propia bodega donde no se sentía vigilado, lentamente iba terminando con el contenido de garrafas, botellas, barricas y recipientes de las más variadas formas y de todos los tamaños que con puntualidad le regalaban los vecinos los días siguientes al de San Andrés.

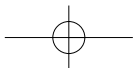
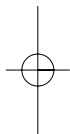
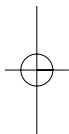
Con las manos oliendo a mosto y tierra húmeda, ese olor que invade los pueblos vinícolas al comienzo del otoño, habían ayudado al parto. Por fortuna la niña venía de cabeza, no como su hermano Judas Tadeo, *El Malparido*, que nació de nalgas y con el cordón de la vida enrollado en su cuello a modo de nudo de ahorcado, lo que probablemente marcaría, años más tarde, el trágico final de sus días. A El Malparido el nombre no le fue puesto por tradición familiarlo estrenaba en la suya— sino por una costumbre secular, la de poner al recién nacido el del santo correspondiente al día de su nacimiento.

La niña fue acunada en un cesto recubierto de hojas secas de parra y tapada con una

la noria de los aromas y otros relatos

vieja toalla de tonos amarillentos, tan desgastada como la ropa de cualquiera de ellos, y un áspero saco de arpillera. De este modo lo primero que vio al llegar a este mundo fue un hermoso racimo de uvas Listán blanco, que aún colgaba de la viña donde la habían protegido de los rayos del sol que, aunque ya cansado por la larga jornada, conservaba fuerza suficiente para dañar su recién estrenada piel.

Aquél fue un día de fiesta para todo el pueblo. Los hombres se emborracharon sintiéndose un poco padres de la criatura; y las mujeres hablaron y hablaron recordándose unas a otras sus respectivos partos, como si de golpe se les hubiera despertado la memoria. Todos lo celebraban excepto su padre, Jesús, que desde hacía unos años se encontraba ingresado, afecto de tisis, en el Sanatorio que él y casi una centena de enfermos habían estrenado con la ilusión de una rápida curación.



la noria de los aromas y otros relatos

El Sanatorio, aquél que se asomaba a modo de balcón sobre la capital, orgullo de los poderes militar, civil, religioso y sanitario y, según los entendidos, asombro de propios y extraños, se trataba de un amplio edificio de tres plantas, luminoso y aislado, con un diseño completamente distinto al del Hospital Civil.

El Sanatorio, aquél que disponía de unas amplias terrazas hacia el naciente en las que por la tarde se podía pasear a la sombra o, especialmente en los meses de verano, jugar una partida al dominó o al envite. Daba la impresión de que el edificio estuviera pensado para el descanso de sus residentes más que, como en los otros edificios hospitalarios, para una estética que siempre imitaba a los claustros conventuales.

Tampoco lo celebraría días más tarde, cuando algún familiar, aprovechando una visita al juzgado, antes de regresar al pueblo,

Francisco Suárez Trénor

acudió a darle la noticia. El enfermo, después de haberse enterado por sor Josefa que la niña había nacido el día del Cristo, se limitó a comentar:

—Se llamará María del Cristo.

Era el día de la Virgen de la Merced y, como todos los años desde su apertura, había fiesta en el Sanatorio. Dicha Virgen era la patrona de las hermanas que atendían a los enfermos de forma altruista: Las Hermanas Mercedarias de la Caridad. Desde el año de la fundación, el propio obispo de la diócesis acudía al hospital y celebraba una misa en honor a la Virgen, en la que rezaba sistemática y monótonamente por la curación de los enfermos y por la salvación de las almas de los fallecidos, que no eran pocos. Morían. Morirían otros lentamente, sin prisas. Allí no existía prisa para morir ni para curarse. El tiempo parecía haberse detenido a pesar del rutinario, incesante paso de los días y noches. La muerte rondaría sin esconderse desde meses antes de terminar su irreversible trabajo. La cara de los elegidos se iría afilando, los pómulos sobresaldrían de la cuenca de unos ojos cada día más hundidos, la piel perdería

la noria de los aromas y otros relatos

vida antes de que lo hiciera la mirada, antes incluso de que se perdieran definitivamente las ganas de vivir. Al final se caería derrotado. Los pulmones, por dentro y por fuera, se bañarían en sangre. La sangre del condenado mancharía manos y batas de practicantes y monjas. El sufrimiento era largo, muy largo, pero la sentencia, una vez dictada, no dejaría de ejecutarse. Pulmones jóvenes, que habían soportado metralla y frío en la Batalla del Ebro, sucumbían lentamente en manos del pequeño enemigo.

El capellán hacía en aquellas ocasiones la labor de ayudante, no sin antes confesarse con su superior. Aquella mañana, durante la confesión, le había informado del nacimiento de la hija de Jesús.

Después de dar la bendición a los enfermos, al obispo se le ofrecía un succulento almuerzo que compartía con el director y los facultativos del centro en el comedor que llevaba su nombre —el Comedor del Obispo— y que sólo se abría para esta ocasión. Había sido el propio prelado, durante la comida, quien sugirió para la niña el nombre de Mercedes, que, desde la lejanía, en un mismo

Francisco Suárez Trénor

día recibiría un nombre —aunque tardaría algunos días en bautizarse y años en ser inscrita en el registro civil— y sería prácticamente apadrinada por el señor obispo y por las hermanas de la congregación.

Por la noche, Jesús, al despedirse del familiar, en baja voz y resignado le dijo:

—Que se llame Mercedes. Algunas veces un consejo se convierte en una orden y un obispo es siempre un buen consejero.

la noria de los aromas y otros relatos

La niña fue creciendo. Sus ojos, al principio de un color indefinido, fueron poco a poco adquiriendo personalidad y tomando el color de la uva, un color verde, transparente, especial, que nadie sabía describir y que la marcaría, haciéndola diferente a las demás, para el resto de sus días. No en vano la uva había sido su primera visión. Además, muchas tardes, conociendo la leyenda que sobre sus ojos se había creado, casi coincidiendo con la hora de su nacimiento, se iba al campo y, mientras hacía creer a los demás que miraba al horizonte o a la puesta de sol, se extasiaba entusiasmada con la visión de los racimos a los que daba el valor de un auténtico fetiche. Disfrutaba en silencio viendo cómo cambiaban de tono con el paso de las horas o cómo, los días de humedad, las gotas de agua efectuaban malabarismos multicolores sobre su superficie.

Francisco Suárez Trénor

No existía en el pueblo ni en los alrededores nadie que pudiera jactarse de tener unos ojos de un color parecido. Mercedes lo sabía y lo aprovechaba para presumir.

Aun así, nadie se atrevía a hablar del color de sus ojos. No era, pensaban, un buen augurio. Solamente El Malparido —que se pasaba las tardes, cuando no molestando en la casa o en alguna de las ventas, mirando pasar los automóviles por la carretera con su eterna inocente sonrisa— se atrevía a nombrárselos, mientras le decía que ella tenía el nombre y sus ojos el color, de un coche que pasaba por allí cada tarde, y le marcaba una estrella de tres puntas en la frente.

Su infancia, sin embargo, se desarrollaría de acuerdo con las costumbres de la época, acompañando en las tareas del campo y de la casa. Disfrutaba hasta lo indecible ayudando a su madre, a quien imitaba en todas sus labores, ya fuera preparando el puchero, las papas, los caldos y potajes; lavando y, después, tendiendo al sol la ropa blanca y los delantales de faena; cosiendo la ropa en reuniones con otras mujeres del pueblo o, en los ratos libres, jugando en la huerta con los animales y con Judas Tadeo.

la noria de los aromas y otros relatos

Dos veces al año Mercedes y El Malparido acompañaban a su madre a visitar a Jesús, su padre. Siempre coincidiendo con la Navidad y con el día de la Virgen de agosto. La visita era larga, desde primeras horas de la mañana hasta la puesta de sol. A la madre le daba tiempo no sólo de estar con el enfermo, al que en realidad pocas cosas había que contarle, pues lo imprescindible lo conocía y el resto no le interesaba en absoluto, sino a retomar conversaciones con los familiares de los otros enfermos, con los que mantenía una amistad curiosamente más fluida que con los vecinos del pueblo, mientras paseaban o merendaban a la sombra de alguno de los árboles del huerto, un antiguo tabaibal repoblado con frutales.

—El sufrimiento nos une —decía ella.

Aquellas visitas las aprovechaba también para «ponerse en paz con Dios» y confesarse con el capellán, el padre O'Connor, también enfermo de tisis. Razón por la que había llegado a la Isla, por aquellos años conocida en el extranjero por tener un clima saludable para las enfermedades de los pulmones y razón por la que el obispo lo había aceptado en su diócesis y destinado al Sanatorio una vez hubo

Francisco Suárez Trénor

practicado durante algunos meses el idioma en el seminario Diocesano, el viejo edificio de ventanas verdes que se levantaba junto a la iglesia de Santo Domingo.

El cura era un hombre joven de llamativa tez blanca, siempre con gafas oscuras, pues decía que «la luz de la Isla perjudica a mi vista acostumbrada a los cielos casi permanentemente nublados del condado de Cork». Frase que se había aprendido de memoria y que repetía una y otra vez haciendo énfasis en la palabra «condado» como si esto le elevase de categoría.

El sacerdote se había convertido en director espiritual de algunas de las mujeres de los pacientes a las que recibía en su habitación en largas conversaciones.

la noria de los aromas y otros relatos

La vida en el centro hospitalario se desarrollaba de una manera tranquila, cada día la misma rutina. Temprano, el director iniciaba el cortejo acompañado de los diferentes especialistas de la plantilla y de una serie de jóvenes médicos a los que aleccionaba en la forma de exploración y en el correspondiente tratamiento que, aunque insistía que había que individualizar para cada enfermo, era siempre el mismo: reposo, paseos bajo los rayos de sol, buena alimentación —de esto no había quien se quejase, pues con el hambre que arrasaba por entonces la Isla, en el Sanatorio se comía a diario casi tan bien como el día de la Merced en el Comedor del Obispo— y como medicación, fundamentalmente las sales de oro que tanto llamaban la atención a Jesús, que decía en tono jocoso que esto era curarse en una joyería. Pobres de los que tuvieran que sufrir

Francisco Suárez Trénor

un neumotórax, pocos escaparían. Después del almuerzo, una siesta obligatoria, aunque eran pocos los que la aprovechaban para dormir. Y por la tarde, hasta la hora del rosario previo a la cena, las charlas y los juegos de mesa.

Jesús pensaba, aunque no se había atrevido a comentárselo a nadie, que el General —que curiosamente tenía más poder tras haber abandonado la Isla que durante los meses que había estado destinado en ella— después de haber acabado con comunistas, masones y cualquier enemigo humano de la patria, había decidido eliminar al bacilo de Koch —así llamaban los médicos a la pequeña polilla que carcomía los pulmones de los residentes. Y lo hacía con el mismo entusiasmo y espíritu guerrero, aunque dejaba el mando directo en manos de los médicos y especialmente de la voluntad de Dios; que por qué iba a abandonarlo ahora que había logrado que la nación fuera la más católica del Mundo. Incluso hubo quien se atrevió a proponer trasladar el Vaticano al Valle de los Caídos.

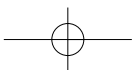
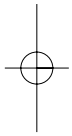
Aunque la estancia estaba basada a la fuerza en la convivencia, quedaba mucho tiempo para pensar. Los médicos habían explicado a

la noria de los aromas y otros relatos

Jesús con palabras sencillas en qué consistía la enfermedad y él lo había entendido con mayor sencillez y de esta forma se lo explicaba a los recién llegados, que generalmente sólo sabían que tenían unas sombras en los pulmones que les producían tos y escupitajos con sangre.

Se trata —les contaba mientras paseaba con ellos por la huerta— de unos bichos pequeños y caprichosos a los que les gusta vivir en los pulmones de los hombres y que cuando son muchos necesitan construirse unas cuevas que es a lo que los médicos y las monjas llaman cavernas.

A Jesús, como hemos visto, le llamaba poderosamente la atención el tratamiento con sales de oro, que él se imaginaba que era el metal que había sobrado del requisado en la guerra molido, encontrando entonces la razón por la que el General se había empeñado en reiniciar la lucha contra el bicho. Tras haber terminado con los comunistas era mucho más fácil emplearlo después de triturado para curar una enfermedad, que repartirlo entre los supervivientes sin que surgieran protestas.



la noria de los aromas y otros relatos

Un buen día, el director, que había llegado recientemente del Congreso Internacional sobre Tuberculosis, ordenó a todos los médicos acudir a su despacho donde les informó de las novedades. No sólo había confirmado durante su estancia en el Congreso lo que todos conocían por las revistas: la efectividad del tratamiento con estreptomycin, que mejoraba a los pacientes —aunque no se había demostrado que los curase de forma definitiva—, sino que a su paso por Madrid, en el viaje de vuelta, había conseguido que el Patronato Antituberculoso aceptase que el Sanatorio, aquél que se asomaba como un balcón sobre la capital, fuera incluido entre los pocos centros nacionales donde se probaría el nuevo medicamento. Aquel día los médicos salieron del despacho del Director con una sonrisa orgullosa que les duró meses.

«No ha sido en vano su trabajo de años», se decían.

Francisco Suárez Trénor

Unos meses más tarde, el Miércoles de Ceniza, le tocaría la revisión trimestral tanto al padre O'Connor como a Jesús, que con otros internos, coincidían en esta cita. Aquellas exploraciones iniciaban una serie en la que los médicos habían puesto una especial ilusión. Eran los primeros enfermos a revisar después de iniciado el tratamiento con estreptomycin.

Jesús esperaba algo especial, pero la única diferencia con las ocasiones anteriores consistiría en la marca en la frente con la cruz de ceniza después de la misa. A él le recordó a la estrella que, según le habían comentado, El Malparido hacía en la frente de Mercedes, y no pudo dejar de sonreír cuando el cura se la dibujaba con el pulgar mientras decía:

—*Memento homo qui pulvis es et in pulverem reverteris.*

Después de la misa pasaban, aún sin desayunar, por el laboratorio donde sistemáticamente les hacían escupir en un pequeño bote de cristal y a continuación les extraían sangre con una jeringa. La sangre y el bote eran guardados cuidadosamente con el nombre de cada uno de los enfermos.

la noria de los aromas y otros relatos

Después de una espera que el hambre hacía eterna les hacían entrar en el cuarto de Rayos X, una oscura habitación iluminada con una tenue luz roja, donde les hacían desnudarse de cintura para arriba y colocarse entre una pantalla y la gran máquina de madera con poleas y conexiones de metal. Tras varias inspiraciones y sus correspondientes espiraciones, les sacaban unas placas radiográficas.

Respire, no respire, respire, no respire...
—y la sesión se podía dar por terminada.

En esta ocasión había notado en el médico una mayor atención a la pantalla y algún gesto de sorpresa que no supo interpretar. Los médicos, en esto, eran bastante inexpresivos.

Tras el día de revisión, al cabo de una semana, llegaba el día que los enfermos llamaban del «Juicio». En una sala contigua al Comedor del Obispo se reunía la totalidad de los médicos, todos con su bata blanca. En una mesa se sentaban el director y los dos médicos de más edad. Alrededor de las paredes lo hacía el resto del cuadro facultativo cuya labor consistía en asentir a lo que decía el director. El enfermo se sentaba ante el tribunal y ejercía de invitado de piedra.

Francisco Suárez Trénor

Jesús entró, dio los buenos días y, acostumbrado al rito, ocupó su lugar sin que nadie se lo indicase. Uno de los médicos jóvenes se encargó, como siempre, de leer el resultado de los análisis y a continuación, a modo de veredicto, sentenció:

—Bacilo de Koch negativo.

Algo cambiaba. Las radiografías fueron examinadas por el director y a continuación por el resto de los facultativos; el primero se limitaría a decir:

—Que se suspenda la estrepto, hay que ahorrar municiones.

Jesús salió de la sala sin saber si aquella suspensión era un buen presagio. Nadie le explicó si le retiraban la medicación porque había sido un éxito o un fracaso. Sólo supo que desde aquel día dejaron de ponerle la correspondiente inyección. Podría haberlo preguntado, pero tenía auténtico terror a la contestación.

la noria de los aromas y otros relatos

Solamente habían pasado unos días desde la revisión, cuando Jesús fue llamado al despacho del director, donde hasta entonces nunca había entrado. Era una estancia amplia y confortable con muebles de madera oscura y sillones de cuero cuyas paredes estaban prácticamente ocultas por unas inmensas estanterías repletas de libros y revistas. Le gustó el cuarto, completamente distinto a cualquier otro de los del Sanatorio, pero pensó en lo poco que le serviría a él, que apenas sabía leer.

El director, que en aquel ambiente parecía una autoridad sin bata, con un traje oscuro que realizaba su amplia calva, lo recibió con una no menos amplia sonrisa y lo invitó a sentarse en uno de los sillones de cuero.

—Desde hoy eres un hombre libre —le dijo como si se tratara del director de una cárcel—

Francisco Suárez Trénor

Estás curado, aunque deberás hacerte revisiones periódicas en el dispensario. Mañana te daremos el alta.

Nunca supo si rió o si solamente sonrió, pero lo que sí recordaría toda su vida fue que le invadió una sensación especial que nunca había notado. Lentamente descendieron unas lágrimas por sus mejillas.

Al salir del despacho no podía disimular su estado de ánimo y prácticamente corriendo se dirigió al pasillo donde había vivido durante varios años. Mientras lo hacía, le pareció ver subir por una pequeña escalera a sus espaldas al padre O'Connor que se dirigía directamente desde su dormitorio, situado justamente debajo del despacho del director, a éste. Albergó entonces la esperanza de que también el capellán recibiera el alta médica.

Por la noche, para celebrar su alta, ambos salieron a dar un paseo que era frecuente entre los ingresados en el centro. Consistía en llegar hasta El Cruce y tomarse unas copas en los bares que allí existían.

En el bar tuvieron ocasión de hablar largamente de sus cosas, pues las mujeres, en otras ocasiones pegajosas, aquella noche

la noria de los aromas y otros relatos

sorprendidas, no se acercaron a ellos. El padre O` Connor siempre había acudido sin sotana y entonces no tenía intención ni razón para ocultar su identidad. Era la despedida. También era la primera vez que, en un descuido, se quitaba las gafas, dejando ver unos llamativos ojos verdes, lo que había confirmado las sospechas de Jesús, que hubo de controlarse.

Hablaron de sus respectivos pueblos y el cura no dejaba de nombrar los prados de su Irlanda natal así como el encanto de los paseos en bicicleta a la luz de la luna durante las noches de verano.

Jesús lo invitó, si aún seguía en la Isla, a dar un paseo en la próxima luna llena por los altos de su pueblo que tan bien conocía él y especialmente El Malparido. De esta forma podría conocer los montes de la Isla y llevarse un recuerdo del paisaje, pues estaba convencido de que, aunque distintos, no podían ser menos espectaculares que los verdes campos del pueblo del cura.

El Padre consultó una pequeña libreta de negro hule gastado que siempre llevaba en el bolsillo y durante el paseo de vuelta al Sinatorio —aquél que disponía de unas amplias

Francisco Suárez Trénor

terrazas hacia el naciente por las que ellos no volverían a pasear— quedaron de acuerdo en verse el Jueves Santo, día del próximo plenilunio, al atardecer, en la casa de Jesús.

Al día siguiente, después del desayuno, ambos se despidieron de sus compañeros, de los médicos, de las monjitas y del personal del centro. Y cada uno con su maleta, la de Jesús de madera de pino y la del cura de cuero negro, salieron caminando cuesta arriba, desde el edificio hasta la parada de guaguas.

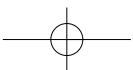
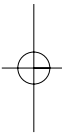
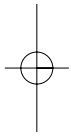
Según el cura, que había aprendido el idioma casi correctamente, era imposible llamar autobús, o de cualquier otra manera civilizada, a aquel rojo artefacto de madera que vibraba siempre en sentido contrario del que lo hacían sus cristales. Cristales que permanecían, al igual que sus puertas, abiertos permanentemente, produciendo un desagradable ruido sólo atenuado por la conversación de los pasajeros y por la discreta sordera de la pareja.

La guagua venía casi llena —empleados somnolientos, campesinos cargados de frutas y verduras, lecheras habladoras, sonrientes monjas en uno de sus constantes paseos en pareja, sirvientas pensando en el soldado

la noria de los aromas y otros relatos

del jueves pasado, silenciosos panaderos enharinados dispuestos a descansar... de forma que tuvieron que sentarse con sus maletas a la derecha del conductor, en el asiento reservado a «Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria» y separados del chófer por el motor que, a modo de féretro en un velatorio, estaba situado en la parte delantera del interior del vehículo.

Solamente pudieron hablar para despedirse en la parada que, casualmente, estaba en la misma puerta del seminario de las ventanas verdes, donde volvería a alojarse el padre O'Connor hasta su marcha.



la noria de los aromas y otros relatos

El día de la cita amaneció lentamente; en silencio la luz fue ganándole terreno a la noche mientras Jesús, acostumbrado a madrugar, bajó al puertito a comprar pescado fresco. Asado y acompañado con papas sería una buena cena antes de partir hacia los montes. Todo parecía dispuesto para el plan previsto. Después de una ligera lluvia, el aire había quedado transparente y el cielo azul brillante y sin nubes. Una suave brisa impalpable refrescaba el ambiente.

El Malparido había discutido con su padre. No tenía interés en ir con ellos al monte, no le gustaba ir acompañado. Jesús le ofreció treinta pesetas en monedas con lo que su desinterés se convirtió en auténtico deseo de que llegara la hora de partir y especialmente en recibir sus honorarios.

Poco antes del atardecer, el sacerdote, vestido de montañero, con buena ropa de abrigo

Francisco Suárez Trénor

en su mochila y con sus inseparables gafas de sol, se presentó en la casa de Jesús.

La comida, preparada pacientemente por la madre de Mercedes, resultó agradable, toda la familia alrededor de la mesa del patio al que daba la cocina y el padre O'Connor presidiéndola en uno de sus extremos. La conversación fue relajada y sencilla y, al término, el sacerdote no pudo dejar de citar la coincidencia con el día de la Última Cena. A Jesús por un momento se le iluminaron los ojos.

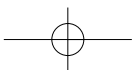
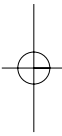
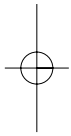
Había estado preparando su escaso equipaje durante la mañana y sólo tuvo que entrar en el dormitorio, que el matrimonio compartía con Mercedes, cuya cama estaba separada de la de sus padres solamente por una especie de biombo de tela desteñida, e inmediatamente salir con el saco de arpillera que había servido de abrigo a la niña el día de su nacimiento, en el que había introducido una sogá, una camisa blanca limpia, una horqueta, una manta y pocas cosas más. Sólo se trataba de un par de noches.

Poco tiempo después, no sin antes recibir El Malparido su paga, que guardó feliz en un pañuelo anudado en el interior de uno de sus

la noria de los aromas y otros relatos

bolsillos, iniciaron el ascenso por la vereda que sinuosamente llegaba hasta la cumbre. La luna iluminaba el camino y el andar era lento, pues el extranjero quería disfrutar y grabar en su memoria el hermoso paisaje, con las montañas a contraluz, mostrando una gran variedad de colores y los pueblecitos adornados por tenues temblorosos puntos luminosos.

Al llegar a la cumbre, después de deleitarse con la vista a ambos lados de la cordillera y de encender una hoguera, bien asociados y protegidos por su ropa de abrigo, se acostaron y al cabo de un rato los tres dormían plácidamente.



la noria de los aromas y otros relatos

Poco antes del amanecer, Mercedes se despertó bruscamente, sobrecogida por una enorme sensación de tristeza. Algo que nunca supo describir la obligó a dirigirse al patio donde se había celebrado la cena y allí, una lágrima aislada resbaló por su mejilla y cayó al suelo. Pocos meses después comenzaría a crecer en aquel punto el tallo de una parra que, con el paso de los años, daría sombra a todo el patio.

En el preciso instante en que la lágrima de Mercedes tocó el suelo se escuchó en toda la casa un gran estruendo, un inexplicable trueno en ausencia de tormenta, que despertó a su madre impidiéndole conciliar el sueño durante el resto de la noche. Una grieta en la pared del dormitorio aún recuerda aquel sobrecogedor instante.

Francisco Suárez Trénor

Aquella noche, a Jesús no le saldrían los planes como había previsto. Pretendía golpear al sacerdote cuando estuviera dormido y dejarlo caer después por el risco más cercano simulando un accidente. El cura recibió un buen golpe de azada, no lo suficientemente preciso para acabar con su vida, dándole tiempo con sus gritos de «My God, my God» a despertar al Malparido. Con el segundo golpe su alarido se hizo ya ininteligible, y mientras que el cielo se incendiaba repentinamente con un relámpago, un trueno ensordecedor acabó con el equilibrio del irlandés, que cayó por uno de los precipicios.

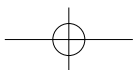
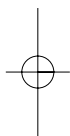
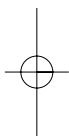
La abominable agresión la visión de este espectáculo dantesco hicieron que Judas Tadeo arrojara lejos de sí las treinta monedas y saliera huyendo.

Aquella tarde el médico, que había subido a su bodega como hacía diariamente, bajó corriendo por el camino y aún jadeante, con una enorme dificultad para articular las palabras, comunicó a la mujer de Jesús que había encontrado a El Malparido ahorcado en una

la noria de los aromas y otros relatos

higuera que bordeaba la vereda hacia la cumbre y a su alrededor, esparcidas por el suelo, las treinta monedas que había recibido como paga.

Jesús llegaría a casa más tarde y recibió aparentemente sorprendido la noticia del suicidio de su hijo. Solamente comentaría que en un momento dado éste había echado a correr por el monte, pero que no conocía las razones y que no recordaba nada más.



la noria de los aromas y otros relatos

El sábado, el periódico de la mañana, publicó con grandes caracteres en la primera página:

«UN TURISTA BRUTALMENTE ASESINADO EN LA CRUZ DEL DIABLO. Su cadáver aparece desnudo, y ensangrentado mientras que el supuesto asesino, un joven de la zona, es encontrado ahorcado a un kilómetro de distancia. La policía continúa con sus investigaciones».

Por la tarde, el joven periodista que firmaba el artículo, recibiría en la redacción del periódico, una llamada de alguien que se identificó como el obispo, que le sugirió autoritariamente que no se publicara ninguna noticia más sobre el asesinato. Confirmada la autenticidad de la llamada, el periodista fue invitado por el director a iniciar una serie de reportajes sobre las noches en la capital. El caso, para la prensa, quedaría definitivamente cerrado.

Francisco Suárez Trénor

La mañana siguiente despertaría nublada, gris, especialmente triste. Los cipreses, altos y alargados, no proyectaban su acostumbrada sombra sobre el suelo del cementerio que, prácticamente desierto, parecía más lúgubre aún que cualquier otro día.

La puerta principal permanecía semiabierta y en uno de sus laterales, la ventana de la sala de autopsias, normalmente cerrada a cal y canto, se encontraba entornada. Se escuchaba, como un murmullo, la conversación del forense con los empleados del recinto. Había sido una madrugada de trabajo duro y pronto terminaría la reconstrucción del primer cadáver.

Se había recibido la orden de que el sepelio se celebrara temprano, no había que levantar la curiosidad de los que, cada fin de semana, no importa con qué festividad coincidiera, acudían a rezar, a poner flores en la tumba de sus difuntos o simplemente a hablar con ellos.

~~Un lujoso coche rojo acababa de estacionarse en las proximidades del muro del cementerio y de él bajó una señora, vestida de negro, con una gran pamelá del mismo color de cuyas alas caía un denso velo que impedía la visión de sus facciones.~~

la noria de los aromas y otros relatos

~~Casi inmediatamente, como si se hubieran puesto de acuerdo, llegaría otro automóvil, éste negro, grande, americano, cuya carrocería recordaba la forma de una cucaracha. Era el coche del obispado que traía como pasajero a un cura joven, desconocido posiblemente hasta para sí mismo, que sería el encargado de celebrar la ceremonia.~~

~~La comitiva se organizó rápidamente; cuatro de los empleados municipales cargaron un ataúd negro, como la pámela de la señora del Bugatti rojo, y brillante, como el coche negro del obispado. Sobre la tapa se observaban los reflejos de un crucifijo plateado.~~

El nicho vacío se encontraba en el primer patio, detrás de los panteones de las familias más pudientes de la capital, y tras un corto responso, sin boato, sin emoción, a modo de gaveta el ataúd fue introducido en su correspondiente hueco.

~~La tumba fue inmediatamente cerrada con una losa y al cabo de unos minutos solamente quedaría junto a él la señora de la pámela. Aunque no se le pudiera ver la cara era fácil apreciar un sentido y disimulado llanto.~~

Francisco Suárez Trénor

Poco tiempo después se repetía la misma escena que en la madrugada. La puerta a medio abrir, la ventana de la sala de autopsias semicerrada y el murmullo que se escuchaba desde el exterior mientras el forense terminaba su trabajo. Poco a poco, empezaban a entrar los visitantes al recinto.

El segundo cadáver, una vez adecentado, fue introducido en una sencilla caja de pino, sin barnizar y malamente terminada. El crucifijo, en ésta, también brillaba, pero por su ausencia.

No se supo de dónde salieron los familiares del difunto. Jesús, su mujer y Mercedes, cuyos bellos ojos resaltaban más que nunca al contrastar con la oscuridad de su vestimenta. Algunos vecinos del pueblo, acompañaban silenciosos a la familia.

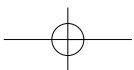
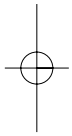
Esta vez fueron los vecinos los que cargaron con la caja y en lugar de dirigirse al interior salieron hacia un pequeño jardincillo separado por una tapia del resto del recinto —el cementerio de los Ingleses— en el que se enterraba a todos los que no podían ser inhumados en el terreno sagrado: y los que aun

la noria de los aromas y otros relatos

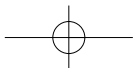
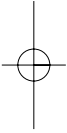
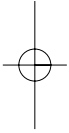
estándolo se tenía la seguridad de que habían muerto en pecado mortal, como El Malparido.

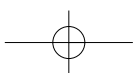
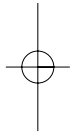
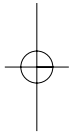
En este cementerio todas las tumbas estaban a ras del suelo. La caja de pino, con los restos de Judas Tadeo, fue introducida en una fosa que había sido abierta mientras el forense practicaba la autopsia y rápidamente, a golpe de pala, se cubrió el hueco recientemente abierto. En estas ocasiones estaba prohibido cualquier tipo de oración.

Con el lento paso del tiempo en un rincón había crecido espontáneamente la única flor que no precisa agua: La Rosa de los Vientos.



las confesiones de don abel





la noria de los aromas y otros relatos

El hombre llegó ansioso justo a la hora de la cita. No pudo dar el paseo previsto por Triana. El barco se había retrasado. Hubiera paseado por una calle bordeada por hermosas casas, no tan señoriales como las del otro lado del barranco, pero sí bellas y en su mayoría bien conservadas. La calle fue el centro vital de la ciudad hasta que ésta creció para unirse con el puerto, que terminó arrebatándole el comercio pero no el encanto de vieja ciudad señorial y marinera. Con prisas, inquieto, buscó el número que llevaba anotado en las páginas de una oscura libreta y entre dos decadentes comercios hindúes encontró la puerta que buscaba. Una hermosa aldaba dorada, brillante y desgastada, era la obligada herramienta de llamada. Siguiendo las instrucciones recibidas daría tres secos y distanciados toques que, como un eco, sonaron profundamente en la, en aquel instante, solitaria calle.

Francisco Suárez Trénor

Al momento escuchó unos ligeros pasos dirigiéndose hacia donde él esperaba y la paruzca puerta, grande y pesada, gimió mientras se abría lentamente. Una religiosa, bajo cuya toca brillaban unos hermosos ojos verdes, le sonrió preguntando qué deseaba. El hombre, demacrado, aún jadeante, explicó entrecortadamente que venía de Tenerife y que quería ver a don Abel, que éste ya había sido advertido de su visita.

—¿De Tenerife —indagó la monja mirándole fijamente a los ojos— ¿Irlandés?

—No, de Tenerife, de la isla de Tenerife —contestó extrañado—. ¿No la conoce?

—Claro, claro... soy de allí. Pero ingresé en la orden cuando murió mi hermano, hace ya muchos años. Fue el fin de mi familia ¿sabe? me enviaron al noviciado para separarme de los demonios que habían invadido mi casa y aquí sigo... Perdón, soy sor Mercedes, acompáñeme... —titubeó nerviosa— por favor, acompáñeme.

la noria de los aromas y otros relatos

El hombre, aturdido, no entendió nada, pero siguiendo las indicaciones de la hermana la siguió, atravesando un hermoso zaguán con zócalos de polícromos azulejos andaluces hasta una espléndida escalera de tea pulcramente encerada y pulida. Por ella ascendieron hasta el segundo piso a partir del cual, atravesando un angosto marco, la escalera se estrechaba y el suelo se transformaba en un gastado y apolillado entablado de madera de baja calidad.

Subió lentamente, uno a uno, los peldaños de la empinada escalera, con la mirada puesta en el suelo y el pensamiento volando inquieto haciéndose toda clase de preguntas, mientras las tablas de los escalones, viejas y agrietadas, crujían protestando a cada paso.

La azotea, rectangular, cuadriculada en su interior por una serie de albeados muros que prolongaban los tabiques maestros, tan limpia como el resto de la casa, se adornaba con multitud de ferrugientas viejas latas cilíndricas de conservas que, a modo de tiestos, se

Francisco Suárez Trénor

distribuían por el suelo, sobre los muros y clavadas en las paredes; en las que una mano cariñosa había plantado multicolores geranios esmeradamente cuidados.

Prolongando una de estas cuadrículas y apoyándose en la desconchada pared de la casa colindante, más alta, un antiguo palomar reformado hacía las veces de dormitorio. Era el lugar que don Abel había elegido para vivir sus últimos años en la residencia diocesana.

Éste le esperaba. Sentado a contraluz, seco de carnes y enjuto de rostro, con su blanco cabello largo desaliñado, al entrar, solamente se dibujaba el contorno de su figura, evitando intencionadamente que se pudiera apreciar su perdida mirada. Un perro echado a sus pies parecía dispuesto a obedecerle a la mínima orden. Era un perro negro, grande, mejor alimentado que su dueño, aunque también escaso de carnes. Un perro de pelo corto, cara achatada que en circunstancias normales hubiera tenido una mirada atenta, como lo era su actitud. Pero el negro perro

la noria de los aromas y otros relatos

lucía dos legañosos ojos blancos. Un par de ojos completamente blancos. Era un perro ciego.

El sacerdote ofreció al hombre un trago de mistela excesivamente almibarada y unos viejos trozos secos de queso. Él no comería. Esperó sereno y sonriente. Cuando el invitado terminó con las escasas viandas el anfitrión inició una ráfaga de preguntas.

«¿Quién eres y de dónde vienes? ¿Cuál es tu apellido y dónde vives? ¿En qué barco has llegado? ¿Qué quieres de este pobre anciano?»

El hombre, sorprendido, iba a comenzar a responder una a una a sus preguntas, cuando el cura, conocedor de las respuestas y de las razones de la visita, inició un largo soliloquio.

«Intentaré contarle lo que sucedió. No es fácil. Por mi edad voy perdiendo memoria y usted debe saber que la memoria, aún en personas jóvenes, engaña. Cuánto más en un viejo. Según pasan los años, los hechos se transforman en recuerdos y éstos, tarde o tem-

Francisco Suárez Trénor

prano, son gobernados por la imaginación, con lo cual uno los reinventa y termina por olvidar la realidad y creerse lo que no pasó.

Los perros, amigo, ladraban desde algunas horas antes, más temprano que nunca, pero no llamaron mi atención. Ladran muchas noches a la luna y lo hacen sin excepción cuando la muerte ronda sigilosa por los campos. Ésta, personalmente ya no me asustaba, la esperaba desde hacía mucho tiempo. Estaba preparado. Y, ya ve, aquí sigo esperando después de tantos años. Pero aquella madrugada los perros no ladraban a muerto. No doblarían aquel día las campanas. Ya entonces yo tenía dificultades para conciliar el sueño y dormía de forma intermitente, siempre sobresaltado y a la espera. Había que estar alerta ante la Bestia. Aquel día, minutos antes, los escasos pájaros y roedores que acompañaban mi soledad salieron despa- voridos de los alrededores de la ermita. Lo hicieron en dirección contraria a un grupo de cabras, seis o siete, que en un alarmante estado de excitación se dirigían hacia el pozo donde yo trabajaba. Oculto por las cabras que buscaban su alimento entre la arena se encontraba él: el poeta. Sucio, tembloroso, escuálido, asus-

la noria de los aromas y otros relatos

tadizo como perro hambriento, con los ojos enrojecidos y una chiva que le equiparaba a sus compañeras de viaje miraba a través de una vieja dorada lupa, un ejemplar de escarabajo que, al parecer, valoraba como una joya. A causa de aquellos ingurgitados ojos que le he dicho, unos ojos diabólicos, se podía uno imaginar cualquier clase de maleficio o conjuro. Cualquier tipo de locura. Jamás nadie me ha mirado con aquella cara de extrañeza, daba la impresión de que intentara adivinar mi sexo. No estaba en sus cabales. De pronto, el insecto dio un inesperado saltó escapando de su mano al tiempo que el poeta gritaba: 'Isaac, jodido, no te lo vas a creer'. Intenté inutilmente recordar algún exorcismo, por si fuera necesario».

El perro, hasta entonces inmóvil, se levantó y dirigiéndose al exterior ladró, lanzó una especie de prolongado aullido, dirigiendo su cabeza hacia el cielo en posición de alerta.

—Ladra porque ha notado algo más de claridad —explicó don Abel—, me avisa que la Bestia puede estar despertando. A ella le debemos

Francisco Suárez Trénor

nuestra ceguera. Nos nubló la vista al mismo tiempo un día que entre las nubes de invierno observábamos los movimientos del enemigo. ¿Sabe usted que esta ciudad se protege de los rayos satánicos, cubriéndose con una gigantesca nube durante el verano? Pero se equivoca, el Maligno atacará desde las profundidades. Por eso sigo alerta.

—¿Y la mujer? —se atrevió a preguntar el hombre, aturdido y desconcertado.

—¿María? Eso fue muchos años antes —los ojos del sacerdote brillaron como si hubieran visto una alucinación, cambiando la expresión por la de un pícaro confidente al que se le hubiera aplacado el odio que demostraba al poeta—, aún éramos jóvenes. María llegaría al alba caminando despacio, elegante, una sombra delgada y alta, cubierta de la cabeza a los pies por un manto negro, no sé si para refugiarse del sol, a punto de despertarse, o del frío de la noche. La oí venir a pesar de que su andar siempre fuera sigiloso. En silencio, con aquella mirada profunda y limpia, pedía imperiosamente ayuda. No habló aquella

la noria de los aromas y otros relatos

madrugada. Ninguno de los dos lo haríamos. Pero ambos estuvimos seguros de que se quedaría en la ermita hasta el fin. Mis lecturas, entonces, se limitaban a los clásicos y a la Biblia. Ahora, gracias a los ojos y la voz de sor Mercedes, he añadido solamente un libro: *Meditaciones* de Tagore, regalo de un vecino hindú. Yo nunca había escrito una palabra sino para rehacer y adaptar los antiguos sermones aprendidos en el seminario tantos años atrás. Sin embargo María me inspiraría y escribí una pequeña poesía que aún conservo. Esta mujer es el único pecado del que no me arrepiento.

El sacerdote introdujo sus manos en unos profundos y desproporcionados bolsillos que parecían llegar hasta el mismo dobladillo de su sotana y extrajo un amarillento papel doblado en cuatro en el que se adivinaba una cuidada caligrafía y, como si leyera, dirigiendo sus ciegos ojos a la vieja cuartilla que mantenía en su mano, confesó en alta voz su pecado, recitando pausadamente:

Francisco Suárez Trénor

*Qué mirada tan triste la tuya mirando la noche.
Qué mirada la tuya, mujer. La noche te mira
y descalza a la sombra del viento
caminas despacio —la mar a lo lejos—
sin saber hacia dónde conduce el camino
desierto.*

*Qué mirada tan triste la mía mirando tu sombra
y qué triste la noche y la mar a la sombra del
viento.*

*Qué camino tan triste, qué hermoso el desierto
—la mar a lo lejos— y la luna traidora camina
mirando tus ojos, siguiendo tu senda.*

la noria de los aromas y otros relatos

Al terminar la falsa lectura, de sus apagados ojos grises cayeron unas lágrimas brillantes sobre su vieja zurcida sotana. Un respetuoso silencio nos acompañó durante un rato.

—Esta mujer sería algo especial en mi vida —dijo, reiniciando el largo soliloquio—. Al principio trabajaba callada, canturreando coplas populares, dedicada a la limpieza de casa, ermita y ropa. Al atardecer daba largos paseos, siempre en silencio. De ahí mi poema. Yo me sentía atraído por su misterio. También por su figura y elegancia. Un día me tentó, con la muerte en forma de cuchillo guardada entre las sábanas y, desde entonces, ya involuntariamente, fue la diaria tentación. Durante meses olvidé hasta la presencia del Maligno. Desde cualquier escondite: el balcón, la escalera que sube al campanario, o simplemente

Francisco Suárez Trénor

al aire libre fresco de la noche; la perseguía a escondidas, pecando de pensamiento. Soñaba que María, vestida de negro, me acompañaba como en ocasiones lo habían hecho las chicas nuevas que veníamos a buscar a esta ciudad desde el seminario. Pecados, éstos sí, perdonados hace ya muchos años. Soñaba con una muerte, vestida de negro, que me viniera a buscar y me llevara para siempre en sus brazos. Soñaba con una sensualidad continua, vestida de negro, que ella se negaría siempre a entregarme. Notaba, cuando pensaba en ella, el fluir de un líquido cálido que preparaba lo que nunca llegué a consumir. Los votos no quitan el deseo y, como le he dicho, éramos jóvenes. Hasta el mismo día del incendio pequé imaginándola, vestida de negro, presidiendo el altar. Pero Lucifer, aquella noche, rompió mis sueños para siempre.

De pronto cambió nuevamente la expresión de don Abel. Su cara, ya magra y acartonada, se afiló hasta un extremo pasmoso. El sol se había hecho hueco entre las nubes que cubrían la ciudad. Parecía haber esperado este rayo desde hacía tiempo. Salió del cuarto

la noria de los aromas y otros relatos

apresuradamente, precedido por el perro que ladraba incontrolado y seguido por el hombre, asustado y tembloroso. Sus largas manos se prolongaron, pálidas y delgadas, palpando el vacío hasta alcanzar una enorme lupa que guardaba bajo una vieja mesa en la azotea y al grito de: «¡Ha llegado la hora de la batalla final!» se dirigió a la barandilla que daba al naciente y alzando una inesperada profunda voz, citando a Rabindranath, exclamó:

Llamad al batelero.

Cortad las amarras...

*¡Al agua con la barca y empuñad bien
los remos, camaradas!*

Crecida es nuestra deuda

por haber divagado en las riberas.

¡Levad el ancla

y desplegad las velas,

ocurra lo que ocurra!

Un profundo silencio invadió la ciudad tras la declamación del sacerdote. Éste dirigió la lente hacia la fétida boca del sumidero central de la azotea, responsable de un asfixiante

Francisco Suárez Trénor

olor a azufre que invadía el aire y, concentrando los rayos del sol sobre el centro del desagüe, exclamó:

—¡Serás vencido con tus propias armas, hijo de la maldad! ¡Hoy termina esta guerra!

Un humo amarillento comenzó a salir por el desagüe y sobre él, en un rito previsto, lanzaría el sacerdote unas ramas de aulaga seca que guardaba en un rincón de la azotea. La gigantesca antorcha prendió en un instante y, como en un bailadero de brujas, sus llamas adquirieron tenebrosas formas humanoides, que hicieron huir al asustado visitante escaleras abajo, mientras el suelo, acompañado de un terrible rugido, comenzó a temblar durante lo que pareció una eternidad. En el cielo se escuchaba la voz de don Abel que gritaba una y mil veces: «¡Serás vencido con tus propias armas, hijo de la maldad!», hasta que su discurso se fue apagando poco a poco mientras el fuego destructor invadía el edificio y la ciudad entera continuaba temblando.

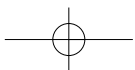
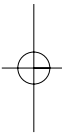
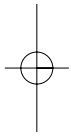
la noria de los aromas y otros relatos

Horas después, a bordo del barco que le devolvía a su Isla, el hombre, aún tembloroso, escribiría:

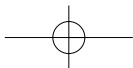
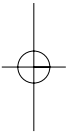
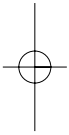
«Alta mar, día de un año.

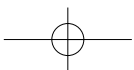
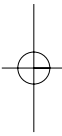
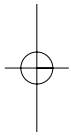
Hoy, la reseca tierra se abrió de pronto cerca de Guiniguada. Durante la noche una enorme montaña se elevó del seno de la tierra y del ápice se escapaban llamas que continuaron ardiendo hasta el amanecer. Seis nuevas aberturas se formaron a lo largo de la ciudad y de sus orificios salen a presión masas de informe espeso humo que se extienden por toda la isla, acompañadas de una gran cantidad de escorias, arenas y cenizas que se reparten por todo alrededor. Las explosiones que acompañan a estos fenómenos, la oscuridad producida por la masa de cenizas y el humo que recubre la isla, fuerzan a los habitantes a tomar la huida. El sol parece haber muerto definitivamente...»

No escribiría más. Había decidido guardar para siempre su secreto: las confesiones de don Abel.



índice





la noria de los aromas y otros relatos

La noria de aromas9
La muchacha de los ojos color uva ...89
Las confesiones de don Abel131

